

Oerba

REVISTA MENSUAL

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES
EN TODA ESPAÑA
Y AMÉRICA

Redacción y Administración
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre.. 3,00 Ptas.
Un semestre.. 5,50 —
Un año..... 10,00 —

SUMARIO

- F. J. Sánchez Cantón. *San Francisco de Asís en la escultura española.*
 Emilio Cornejo Caminero..... *Elegía en el Agro.*
 Rogelio Sotela..... *Epistolar.*
 Angel Dotor..... *Segovia.*
 Marthe Bigot..... *El sistema americano de educación.*
 REDACCIÓN..... *Faustino Goico-Aguirre.*
 A. Fernández Morera..... *La conjura del Hado.*
 Juan Lacomba..... *Pinos al Sol.*
 Emile Vandervelde..... *El Socialismo en Europa.*
 Casimiro Cienfuegos..... *El poema del piano.*
 Faustino Goico-Aguirre..... *Apuntes del natural.*
 Editorial..... *Cervantes.*
 LIBROS.— Eugenio Domingo: *Vispera del gozo*, por Pedro Salinas.
Los caciques caen, por Emilio Cornejo Caminero.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

EN LA ESCULTURA ESPAÑOLA

Francisco Javier Sánchez Cantón, que tan solo cuenta treinta y cinco años, acaba de recibir la investidura preciada de académico de Bellas Artes con el íntimo halago de quien llega a tan alta consagración por competencias acrisoladas.

Su obra, profunda y extensa, de historiador concienzudo y clasificador de nuestro arte antiguo, realizada en pleno silencio, al calor de los grandes maestros que componen la ya gloriosa y cien veces admirable Junta para Ampliación de Estudios, nos llena el pecho de legítimo orgullo y su honra reciente, verificada también con recogimiento y elevado cariño, nos da ocasión excelente para rendirle un férvido testimonio de admiración y para dar a conocer a nuestros lectores uno de sus ótimos frutos, el meritorio trabajo con que se presentó ante sus queridos maestros de labor y compañeros de Academia.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

Sábado, 4 de Octubre de 1926. Al pie de la montaña donde se asienta Asís, en una choza contigua a Santa María de los Angeles, yace en tierra, agonizante, un hombre desnudo; es muy flaco y su estatura más bien corta; la cabeza, redonda y no grande; el rostro, alargado y saliente; la frente, llana; los ojos, algo abultados, negros y apacibles; las cejas, rectas; las orejas, pequeñas y separadas; blancos, iguales y apretados los dientes; los labios, finos; la barba, negra y descuidada; la cabellera, rala; alto el cuello; rectos los hombros; cortos los brazos; las manos, delgadas, de largos dedos y uñas salientes; las piernas, descarnadas; los pies pequeños y la piel suave¹.

Rodean al moribundo unos hombres vestidos de paño burriel, que cantan entre sollozos ala-

banzas a Dios, invocando al sol, a la luna, a las estrellas, al viento, al fuego, al agua y a la tierra, llamándoles hermanos; cuando el cántico extraño llega a su estrofa postrera:

«*Laudate si, Misignore, per sora nostra morte corporale*»,

une su voz al coro el que agoniza². Después, al caer la tarde, rompió a cantar él solo:

«*Voce mea ad Dominum clamavi*»;

y apenas vibraron en sus labios los últimos versos del Rey Profeta, se durmió en el Señor, mientras gorjeaban las alondras³.

Quien así se iba de este mundo dejaba una estela comparable a la de muy pocos hombres.

No ocupó solios ni cátedras, ni fué rico de bienes, ni casi escribió; fué una llama de amor viva, y legó un nuevo sentimiento. «Fué como el segundo fundador del Cristianismo»⁴. Quiso reconciliar al hombre y a la Naturaleza con su Creador. Amó a Dios sobre todas las cosas y por todas las cosas que había creado; separándose así de sus paralelos panteísta y budhista que el obtuso racionalismo del siglo XIX hubo de buscarle.

Amó a todas las cosas porque, al saberlas criaturas de Dios, las reconoció por hermanas; y llamó con este dulce nombre hasta a los seres inanimados, y en su embriaguez de fraternidad, en la Pascua de 1223 llegó a prorrumpir en aquella sublime locura:

«¡Quisiera que hasta las paredes pudiesen comer carne en este día, y ya que no pueden hacerlo, al menos he de frotarlas con ella!»⁵

Quien de esta guisa hablaba y procedía era un incendio de caridad. Renunció a placeres y vanidades, mas no abominó del mundo como otros santos, ni huyó de él cual los anacoretas—ello fuera gesto de acedia y él sólo supo de amores—; quiso andar entre las gentes y peregrinó sin descanso en busca de hombres para Dios; y cuando no encontraba almas que inflamar, no le faltaban aves y ár-

boles y fuentes a los que persuadir para que loasen al Señor.

Dos fases tiene la misión de San Francisco: social, una; artística, otra; mas, por estar fundidas al mismo fuego, no son separables.

Creó un instrumento de renovación de la sociedad con las órdenes mendicantes. No se ignora cuánto diferían en la Edad Media de las monacales. «El fraile—dice Chesterton—es, en verdad, casi lo contrario del monje»⁶. El monje aislado del mundo, cubiertas las necesidades materiales, se entrega a los libros y a la contemplación; el fraile en el tráfigo mundanal tiene que mendigar el pan de cada día, cosecha incierta. El monasterio domina un valle fértil y apartado, colonos y foreros llenan los trojes por San Miguel y las cubas por San Martín; el convento, en medio de la ciudad, linda con mercados, hospitales y burdeles. Estudia y escribe el monje, mientras el fraile predica, cuida enfermos y entierra difuntos, teniendo por únicos libros el Evangelio y la vida. Innovación tan radical ¿qué precedentes tiene? No hay que dudar: el ejemplo de Cristo en cuanto al fondo; pero, en la forma y en la organización no se entra modelo en el Cristianismo anterior. Se han aducido los recuerdos de las tendencias de valdenses y *fraticelli*, mas suele olvidarse una interesantísima circunstancia, que a título de sugestión he de enunciar.

Si el Cristianismo del siglo XII no pudo suministrar ejemplares directos a San Francisco para concretar prácticamente sus ideales, tal vez los encontró en el Islam. Se conocen en Oriente verdaderos conventos dentro de las ciudades, compuestos de hombres que se llamaban hermanos, de pobreza extremada y dedicados a la predicación.

Es hecho mil veces repetido en la Historia la aceptación del ejemplo enemigo. Guerrear con las armas del contrario rinde la máxima eficacia. Mas el desarrollo de problema tan arduo requiere autoridad de que carezco.

El aspecto artístico de la misión de San Francisco ha sido muy estudiado fuera de España, y es en verdad tema tentador⁷.

Quizá sea osado aventurar una teoría, según la cual, mientras la arquitectura gótica representa el último estadio de la románica, la escultura y la pintura, a partir del siglo XIII, se renuevan en su esencia, quedando ésta inmutable hasta nuestros días. Si se acepta la idea, el Renacimiento habríamos de verlo manifestado por una revolución arquitectónica y una modificación superficial en las demás artes. Si entre Villard d'Honnecourt y Bramante no se percibe relación alguna ni se conocen los jalones intermedios para el tránsito gradual, entre Giotto y Rafael abundan las notas comunes, y del uno se arriba al otro por pasos contados y regulares.

En las letras sucede algo similar: después de Dante ¿hay algún hito divisor?

Si ha de comenzarse la historia del arte y de la poesía moderna en Giotto y en Dante; si artistas y poetas actúan por y sobre la sensibilidad; si San Francisco había infundido el nuevo sentimiento; en él hemos de reconocer la llama que dió luz y calor al mundo estético entonces descubierto.

¿Y ¿qué pensaba el Santo de Asís acerca de las artes? Un relato de Fray Mariano de Florencia esclarece un punto nuestra curiosidad. Para la humilde iglesia que en honor de la Virgen María construyó el Fundador entre San Gemini y Porcaria, hizo pintar en el altar ángeles, niños, árboles, pájaros y unos versículos del Testamento, a los que añadió:

«¡Que todas las criaturas alaben al Señor!

«¡Que todos los pájaros del cielo alaben al Señor!

«¡Que todos los niños alaben al Señor!

«¡Que todos los jóvenes alaben al Señor!»

¿No vale esto por un claro manifiesto estético? No es—como dice Thode—«la perfecta ilustración del *Canto al Sol?*»⁸

SAN FRANCISCO EN ESPAÑA

No se puede dudar de la venida a España del Santo Fundador. Textos literarios del siglo XIII lo prueban cumplidamente. Si Tomás de Celano en la *Primera Vida* no afirma que hubiese llegado, San Buenaventura lo declara explícitamente; y el mismo Celano (que murió en 1260), en el *Tratado de los milagros*, emplea la frase «de Hispania regrediens»⁹. Anterior a 1328 es el libro *Actus S. Francisci et sociorum ejus*, donde se describe con minucias la peregrinación a Compostela, y se refiere «cómo hallándose el Santo en oración ante el sepulcro del Apóstol, le fué revelado por el Señor que fundase conventos»¹⁰. Los *Fioretti* repiten el relato, que quedó incorporado, con más o menos adornos, en todas las *Vidas* de San Francisco. La fecha del viaje se fija después de mediado el año 1213 y antes de Noviembre de 1215. Hizo el Santo la peregrinación a Galicia, según se lee en los *Actus*, «en los principios de la Orden, cuando los frailes eran pocos y aún no se habían fundado conventos». Dos hipótesis sugestivas se apoderan del ánimo: ¿aprendería San Francisco en España la existencia de las comunidades islámicas antes mencionadas, y la divina aparición de Compostela decidiríale a tomar ejemplo de ellas? ¿Sería el de Santiago el primer convento franciscano? Queden meramente apuntadas cuestiones tan arduas con interrogantes de urgente contestación para quien sepa. Indicaré—no obstante—con relación a la primera, que tal forma de vida religiosa no se daba entre los musulmanes de España y Norte de África; y respecto a la segunda, que

los *Fioretti* añaden: «e per questa revelazione cominciò Sancto Francesco a prendere luoghi in quelle contrade»¹¹, de donde arrancan las tradiciones de tantos conventos españoles, orgullosos de haber sido, al menos, visitados por el Fundador.

Cuenta la *Crónica de los XXIV generales* que en el Capítulo tenido en Santa María de los Angeles el 14 de Mayo de 1217, decidió San Francisco mandar a España «fratres multos»¹²; y, desde luego, está probada documentalmente la existencia de comunidades de frailes menores en la península en los primeros años de la Orden; consta estaba establecida en Lisboa el 29 de Marzo de 1222¹³; en 1226, cambian de residencia los franciscanos de Burgos¹⁴; en 1228, el caballero Juan Eubaldo deja un legado al convento de Santiago¹⁵; en 1238, Inocencio IX escribe a dominicos y menores de Navarra...¹⁶

Boga y difusión tan grandes explican que España si no precede, quizá iguala en fecha a Italia al representar plásticamente al Santo de Asís.

SIGLO XIII

Las más antiguas representaciones de San Francisco en Italia son de pincel. Una observación previa de Thode evitará continuas advertencias: «Un retrato verdadero, dándonos al hombre entero y viviente, no se podía producir en el siglo XIII; las imágenes que se han conservado hasta nosotros de ese período nos hacen ver los rasgos del Santo sólo de una manera general»¹⁷.

La crítica pone a la cabeza de la serie franciscana el fresco del Sacro Speco, de Subiaco: monasterio benedictino donde San Francisco pasó unos meses en 1222; represéntasele sin aureola ni estigmas: viste sayal con cuerda, capucha echada y el letrero *Frater Franciscus*, que prueba es pintura anterior a la canonización (1228)¹⁸. El que se ve en San Francisco a Ripa, de Roma, ostenta ya estigmas y aureola. Sigue, la tabla firmada por Bonaventura Berlinghieri en 1235, encontrada en Pescia, en la que, a los lados del Santo, se figuran varios pasajes de su vida. Logró fortuna esta representación, porque a las tres copias que conoció Thode se puede añadir la que se conserva en la parroquial de Villacé (provincia de León): es un lienzo, con fondo dorado, que lleva la firma: «Bonaventura Berlinghieri me pinxit de Lucca a. d. M. CCXXXV»: faltan las escenas laterales¹⁹. A partir de las referidas, las representaciones italianas de San Francisco menudean y están muy estudiadas²⁰.

En España son de talla las más antiguas; desde luego, todas las conservadas del siglo XIII, aunque un interesantísimo documento prueba que hubo abundancia de pinturas.

El día 5 de las Kalendas de Agosto de 1295 dirigió el Pontífice Alejandro IV un Breve a los Arzobispos y Obispos de los Reinos de Castilla y León, diciéndoles que le habían llegado repetidas noticias de que algunos religiosos y seculares, a veces en público y frecuentemente en privado, aseguran que San Francisco no recibió los estigmas. Y que estos mismos cometen tales locuras, que donde quiera que encuentren imágenes pintadas de San Francisco, les borran los estigmas y los hacen quitar, prohibiendo a los pintores que los pinten. Lleno de dolor Alejandro IV, ordena que los prelados pongan, con excomuniones, severo coto al grave atrevimiento²¹.

No es preciso subrayar el valor del Breve; nótese que está fechado cuando no habían pasado treinta y tres años de la muerte de San Francisco, y que patentiza: de un lado, la difusión de sus imágenes en España, y de otro, un rasgo de nuestro siglo XIII, poco dado a celebrar plásticamente prodigios de Santos históricos.

Sin embargo, y por fortuna, hay que poner al frente de las representaciones franciscanas españolas excepciones insignes nunca publicadas: las descubrió el maestro de todos, D. Manuel Gómez Moreno, en la catedral de Ciudad Rodrigo²².



San Francisco recibiendo los estigmas.
Puerta occidental de la Catedral de Ciudad Rodrigo.

Tres capiteles de la portada occidental muestran sendas imágenes franciscanas. En el primero, un fraile; en el segundo, un franciscano, el Fundador, predica sonriente a los pájaros, acompañándole dos frailes sentados, y parece formar en el grupo el

del primer capitel; en el tercero, aparece de rodillas, detrás Fray León, como deslumbrado, tapándose de la luz con la mano; delante, el serafín, con corona y cubierto de alas, puesto en la cruz y sostenido por dos ángeles. Acerca de la fecha de la portada escribe el Sr. Gómez Moreno: «Como no cabe dudar que estos capiteles son del mismo tiempo y autor de lo demás, hay que asignarle una posterior a 1224» (año de los estigmas). Esto es, que sin el dato iconográfico seguro, habría de creerse anterior, por razones de técnica. Es notoria la importancia de estas representaciones de pasajes franciscanos; si se advierte que las más antiguas, registradas en Italia, son las que Berlinghieri firmó en 1235.

Según el Sr Gómez Moreno, «el escultor que talló los capiteles llegó... cuando terciaba el siglo XIII;... a la imaginería que salió de sus manos han de rebajarse elogios demasiado pródigos»; «su estilo es románico provenzal, sin cosa bizantina ni gótica; las estatuas grandes de Apóstoles parecen remedo de las del pórtico famoso compostelano...»

Esta observación induce a suponer que el maestro de Ciudad Rodrigo llevaría allí desde Santiago, no sólo el aprendizaje técnico en las maravillas de Mateo, sino también recuerdos y noticias del Santo peregrino.

Pero, antes de llegar a las representaciones compostelanas de San Francisco, hemos de pararnos en otras tres de la misma catedral de Ciudad Rodrigo. Una, en capitel del interior, al lado del Evangelio, segundo tramo desde el crucero, pila segunda, no tan viejo como los de la portada, donde aparece un alma llevada sobre un lienzo por dos ángeles; a los lados, tres franciscanos con cordón y capucha: uno con el libro abierto, como mostrándolo, y en torno, pájaros que vuelan; y la segunda, que es capital, en el arranque de un nervio sobre el coro. La estatua, de cuerpo entero y de tamaño natural, fué identificada hace siglos: la cita Wadingo en 1635²³, y habla de ella extensamente Fray José de Santa Cruz en libro impreso en 1671, llamándola «el primer retrato de San Francisco que se copió en el mundo»²⁴. Es, en verdad, singular monumento. El Santo, descalzo, con bastón de peregrino, se representa con semblante juvenil, sin barba, e implacablemente acusado el rasgo de las orejas separadas, que señaló Celano. La expresión del rostro, la postura del bastón y el ademán del brazo izquierdo indican que acaba de pararse y que habla como preguntando: place pensar que peregrina a Compostela... No es obra de gran arte, ni la distancia a que está del suelo requiere primores de ejecución; pero es tan ingenua la actitud y tan sencilla la expresión; hay tal alegría en el conjunto, que, aun prescindiendo del valor histórico, merecería señalarse como una

de las esculturas que marcan el tránsito del hieratismo románico a la libertad del arte nuevo. Su fecha no puede ser muy posterior a la de la portada y antes de mediar el siglo XIII.



San Francisco, peregrino.
Estatua sobre el coro en la Catedral de Ciudad Rodrigo.

Y, todavía en el mismo templo y en su fachada lateral, parece descubrirse otro San Francisco del siglo XIII; mas ello es dudoso. La tercera estatua de la derecha en el alto friso, encima del arco, lleva capucha, cordón y bastón, y aunque sobre el hábito quizá se distingue algo como un escapulario, la duda se aminora al ver decorado el fondo del arco de su doselete por un ángel alado, mientras en los demás—salvo en la sexta—hay elementos florales. Es, además, la única efigie que está en contemplación de algo celestial, con la mirada hacia lo alto.

Es en verdad singular el caso de Ciudad Rodrigo: da su catedral más representaciones franciscanas del siglo XIII que el resto de España.

Como queda dicho, estas esculturas tienen relación artística con el pórtico de la Gloria, de Santiago, y es más que verosímil que respondan también a recuerdos iconográficos gallegos; mas, las representaciones del Santo de Asís, conservadas en Compostela y que pueden atribuirse al siglo XIII, son posteriores a las de Ciudad Rodrigo.

Nunca he visto registrada una de gran interés, tallada en un capitel del claustro del convento de la Orden. Es ruda escultura en granito basto. El Santo, en pie, descalzo, barbado, con la capucha



San Francisco en el cielo con San Fernando y Santa Clara (?).

Dintel de la puerta occidental en la Catedral de León.

echada y el libro entre las manos, dirige al cielo sus ojos, quizá combatido por alguna diabólica tentación, ya que a sus plantas hay un animal con cabeza humana y un pájaro grotesco le habla al oído; tal vez los monstruos sean independientes de la figura Santa, y se repiten en este capitel, como en otros del mismo claustro, donde alternan con la Anunciación, la disputa del alma y un bufón tocando un cuerno. Es sentida la expresión del San Francisco y la dureza del material y la escasa maestría del entallador, al ocultar todo artificio, plasman el tema con la encantadora sencillez del arte popular. De tales circunstancias se deduce la dificultad de fechar este capitel.

Hubo—y no sé si se conserva en el mismo Santiago—otro San Francisco del siglo XIII; estatua mutilada, sin cabeza, que vió el doctísimo López Ferreiro en un huerto adyacente a la capilla de San Payo, en la falda del Pedroso, donde, según tradición, se recogía el Santo. López Ferreiro pensó en si la estatua sería obra del maestro Pedro Boneth, que en 1261 dirigía las obras del convento franciscano ²⁵.

Quizá coetáneas de las representaciones gallegas son las de las puertas de las Catedrales de Burgos y de León, de más quilates artísticos.

En la puerta alta o de la Coronería de la Catedral burgalesa—mencionada en documento de 1257—se ve una escena, que creo fué el P. Florez quien primero interpretó como la presentación de Santo Domingo por el Obispo don Mauricio a los

Reyes Don Fernando y Doña Beatriz, en presencia de San Francisco, que ostenta el libro de la Regla de su Orden, mientras Santo Domingo muestra a los Monarcas las Bulas de la suya. El Santo de Asís está descalzo, no tiene barba y la cabeza medio descubierta; quizá sin tonsura. Aunque no coincidieron en Burgos los dos fundadores el grupo parece razonablemente interpretado: que la escena ocurre en el mundo, no en el cielo, se prueba por la ausencia de ángeles; la puerta que la separa del cuadro, tal vez de tentación, de la derecha, será la del Palacio Real ²⁶.

La representación leonesa ha de creerse algo posterior y en relación artística grande con la de Burgos; acaso obras hechas ambas bajo el maestro Enrique.

El dintel historiado, en el tímpano de la puerta de Nuestra Señora la Blanca, figura el cielo a la izquierda y el infierno a la derecha. Al lado del ángel organista hay una deliciosa escena: un franciscano conversa con un rey, y una monja, en segundo término, presencia la plática. La beatitud se refleja en sus semblantes joviales y quizá rejuvenecidos al gozar del Paraíso. Una suposición se adentra al contemplar esta «sacra conversazione». ¿Serán estos personajes San Francisco, San Fernando y Santa Clara? La fecha de la portada—que es de las más hermosas del gótico en España—puede fijarse hacia el año 1270; sabido es que San Francisco fué canonizado en 1228; que Santa Clara, muerta en 1253, fué beatificada tres años des-

pués, y que si Fernando III no subió a los altares hasta 1671, en las *Cantigas* de su propio hijo se le tenía ya por bienaventurado.

Aunque la mentada escena no se puede dar como documento iconográfico, ¿qué duda ha de haber que al introducir en la Gloria el escultor gótico a un fraile, a una monja y a un rey, su designio no podría ser otro que representar a quienes eran venerados por justos? Si innumerables Obispos y Reyes Santos llenaban los calendarios, mendicantes eran cosecha reciente en los eucologios. En el mismo dintel, un fraile con capa habrá de suponerse Santo Domingo de Guzmán; bien entendido, que unas y otras imágenes fueron esculpidas sin intención de retratar, extraña en el siglo XIII, como va dicho. Quizá se exceptúa el caso que sigue:

En la Catedral de Burgos se encuentra la famosísima cabeza tenida por de San Francisco; está en el arranque del arco exterior de la puerta que da al claustro y hace frente a la de un ángel que sonríe. Es talla primorosa como la de toda la puerta, espléndida creación de «la escultura de interior» de fines del siglo XIII, inspirada directamente en las más bellas obras de Francia. La cabeza del fraile, barbada, tiene carácter vigoroso, y a diferencia de las anteriores representaciones, se ha procurado en ella individualizar. ¿Es un verdadero retrato de San Francisco? No; probablemente es la representación del Santo de Asís, tomando por modelo para la talla realista quizá al guardián del convento burgalés²⁷.

Débase al docto franciscano P. Atanasio López la noticia de un capitel de la puerta de Santa María del Palacio en Olite, donde un fraile encapuchado y con cordón, de rodillas y en compañía de otros religiosos, lleva un letrero que dice *Franciscus penitens*: datará de fines del siglo, y es chocante la ausencia de las palabras Sanctus, Beatus, o de sus abreviaturas, al menos; extrañando asimismo que se le llame penitente, nombre que en un principio llevaron los frailes menores.

No conozco más imágenes del Santo de Asís atribuibles al siglo XIII, pues ignoro el crédito que haya de concederse al fraile cronista del siglo XVIII que vió en Huete una, y, según «tradición sentadísima en aquella tierra, se hizo viviendo aún nuestro seráfico Padre y es muy vera efigie suya»²⁸.

Se ha de anotar cómo en aquellos tiempos, fresca la memoria de la vida del Santo, representáronse escenas que no hubieron de labrarse después.

La extensión alcanzada en el siglo XIII por la Orden de frailes menores en España fué extraordinaria: menudeaban las fundaciones y las mandas y legados de particulares, y las mercedes regias eran incesantes. La Península dió a los franciscanos la segunda y más popular de sus figuras: San

Antonio de Padua, que, si tomara apellido del lugar de su nacimiento, debiera nombrarse de Lisboa. Y también vistió el sayal Juan Gil de Zamora, personalidad poco conocida, pero eminente²⁹ confesor de Alfonso X y maestro de Sancho IV; poeta, escritor devoto y cronista en oscura relación literaria con el Rey Sabio—por ejemplo, la célebre pintura de España «Paraíso de Dios» se encuentra en latín en sus manuscritos³⁰—. Su concepto singular de la historia llevábale a insertar largos relatos fabulosos y a biografiar a contemporáneos como San Fernando, Alfonso *el Sabio*, Santo Domingo y a sus hermanos de hábito San Antonio, San Buenaventura; Fr. Antonio de Segovia y Fr. Antonio de Santarén, en el mismo libro en que escribe las vidas de Harón; Longino, Avicena y Algacel.

Cual era humano, los frailes mendicantes desde muy pronto hubieron de tener disensiones con el clero secular; recuérdese la carta de Inocencio IV sobre lo ocurrido en Pamplona, fechada el 15 de octubre de 1246. Tales diferencias pasaron pronto a la literatura; como aquel pleito, tan juiciosamente sentenciado, que D. Juan Manuel localizó en París, quizá por alejar toda maliciosa sospecha. Largo tiempo hacía que litigaban los frailes menores con los clérigos «de la iglesia catedral sobre quienes habían de tañer primero a las horas»; «un Papa encomendó este fecho a un Cardenal», que «fizo traer ante sí el proceso, e era tan grande, que todo hombre se espantaría solamente de la vista», y «fizo quemar todos los procesos» y dió por sentencia una muy razonable: «El que antes despertare, antes toque»³¹.

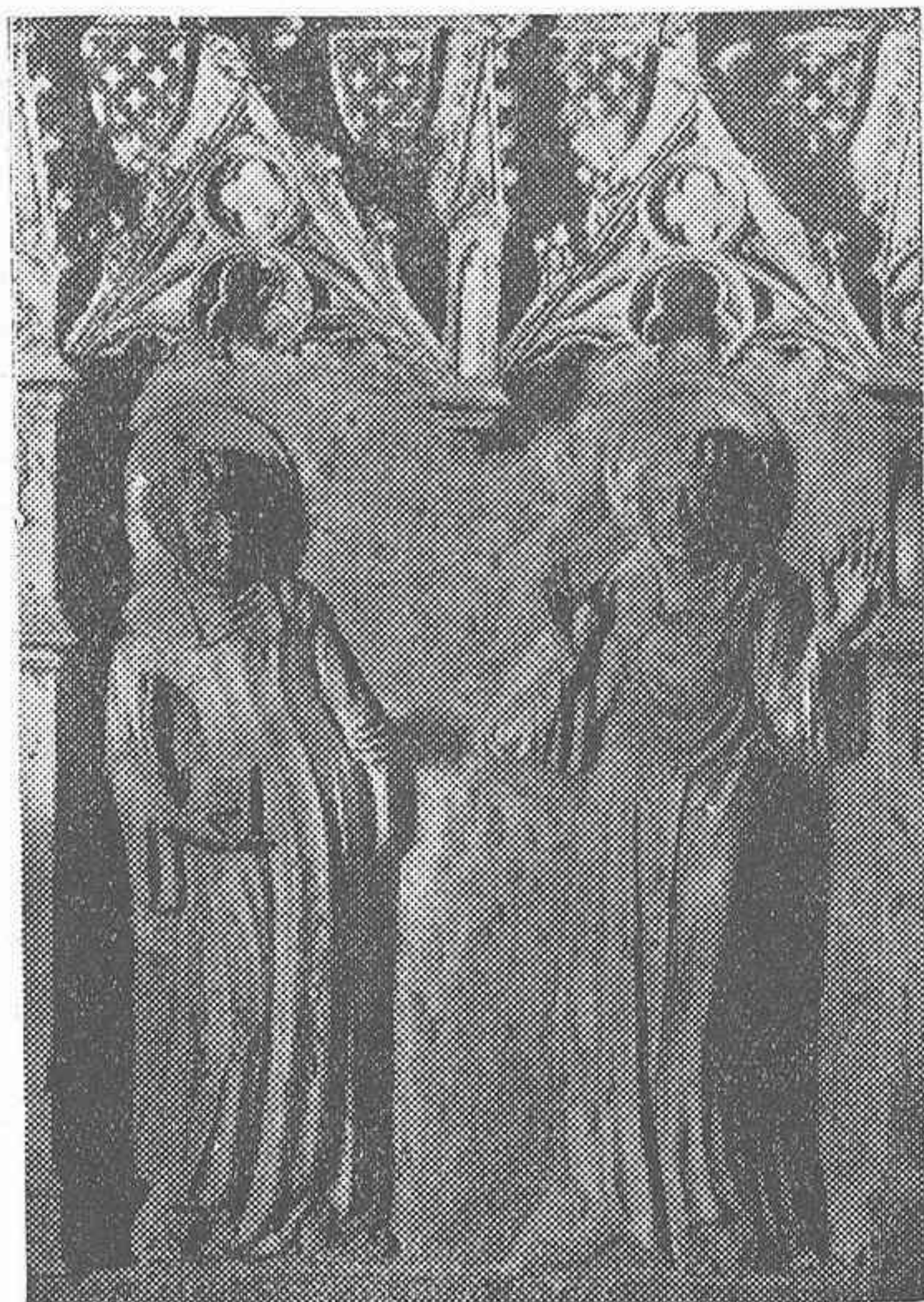
SIGLO XIV

El cuento de D. Juan Manuel nos sitúa ya en el siglo XIV, del que apenas he podido hallar ejemplos de representaciones escultóricas de San Francisco. Es sabido que la escultura española en esta centuria no logró grande esplendor, salvo en Navarra, por la influencia francesa directa, y en Cataluña, donde a este influjo vinieron a unirse corrientes de italianismo; algún impulso vigoroso llega también al claustro de León y a Oviedo; mas todo queda muy lejos en calidad del florecimiento del siglo anterior.

En los sepulcros del siglo XIV se acentúa la afición por esculpir el cortejo fúnebre, ganando espacio en el monumento y haciéndose cada vez más numeroso; como es natural, en muchos figuran frailes franciscanos, pero ello cae fuera del tema.

Una de las mayores obras de la orfebrería española—verdadera labor de escultura en plata—es el retablo de la Catedral de Gerona, se ha comparado al altar de Pistoia en importancia. Labróse

entre 1325 y 1360 y trabajaron en él tres plateros: Maestro Bartomeu, Pere Bernec, de Valencia, y Ramón Andreu, de Gerona³². Aparece San Francisco en el cuerpo bajo, que, según la inscripción, repujó el valenciano Pere Bernec, y en la segunda calle, que sigue a la en que está arrodillado el donador, el «archidiaconus Soler»; empareja con San Benito; está en pie, tiene la cabeza descubierta, sin barba, y presenta las manos como recibiendo la impresión de las llagas; va descalzo; los abundosos pliegues del hábito sólo se razonan por el cor-



San Benito y San Francisco.
Retablo de plata de la Catedral de Gerona.
Pedro Bernec (1325-60).

dón oculto. Es este cuerpo, a manera de banco, el de mejor arte del retablo; las imágenes casi exentas son más expresivas que los relieves y aun que las estatuas altas.

No me atrevo a fechar con seguridad en el siglo XIV el relieve que está sobre la puerta del convento de Santa Bárbara en La Coruña; su orla es del XIII y la rudeza en la ejecución, de cualquier tiempo. Sabido es que la escultura gallega, después del asombroso pórtico de la Gloria, como si deliberadamente hubiera trabajado porque Maestro Mateo brillase único, se distanció de todo primor y en quinientos años no volvió al buen camino; pero en este relieve se excedió en barbarie. A la derecha se figura a San Francisco de rodillas recibiendo los estigmas; detrás, Fray León, quizá sentado; dos raquíticos árboles al fondo localizan ingenuamente la escena en el Bosque Alverno.

En Castilla, de los finales del siglo, puede citarse la tumba del Obispo de Ávila, D. Diego de

las Ruelas, que murió en 1396; estuvo en un principio en el centro de la capilla mayor, y hoy, deshecha, está adosada al muro en el basamento del retablo. En el frente, en medallones lobulados, aparecen cuatro santos, punto menos que de cuerpo entero. San Francisco tiene el libro sujeto con la mano izquierda, mientras con la derecha muestra, al parecer, la llaga del costado. Con no ser de muy fina labor y estar deteriorado, es bella la silueta por lo sentida, inclinada la cabeza descubierta como en meditación dolorosa.

Es este sepulcro, eco de otro de Salamanca de más cuidada factura y más rica talla; está en la Catedral vieja, en el muro derecho de la capilla mayor. Alrededor del arco se repite la franja de medallones cuatrilobulados con figuras de santos de medio cuerpo, y es quizá San Francisco el cuarto de la izquierda; muestra un libro y el cordón, pero no se ve la capucha, y tiene el pelo largo.

Durante el siglo XIV no cedió el entusiasmo de la centuria anterior por las órdenes mendicantes; aumentaron en número prodigioso los conventos, y la munificencia de prelados y magnates hubo de enriquecerlos notablemente, no sin riesgo para el cumplimiento de la estrecha regla.

De fines del siglo será la *Danza de la muerte*, y en ella leemos cómo la Implacable hace bailar a un franciscano mal de su grado:

Dançar non conviene a maestro famoso,
segunt que yo so en la religyon:
maguer mendigante vivo viçioso
e muchos desean oir mi sermon.

Dezides agora que vaya a tal son;
dançar non querría si me das lugar:
Ay de mi cuitado que habre de dexar
las honras e grado que quera o que non³³.

Podrían multiplicarse los textos, pues la reforma del Cardenal Cisneros hubo de ser reclamada por una corriente de opinión que, satíricos y moralistas, fueron agitando durante dos siglos.

SIGLO XV

Es el siglo XV época gloriosa para la escultura española. La venida de artistas italianos, flamencos, alemanes y franceses, atraídos por el mecenazgo de Obispos y grandes señores, provoca variedad de aspectos y riqueza de matices, no siempre fácilmente clasificables dentro de escuelas extranjeras; pues es bien sabido de qué manera marca su sello nuestra tierra sobre los artistas de ultrapuertos.

La cantidad de obras conservadas en esta centuria—retablos, tumbas y sillerías—obliga a limitar la reseña a las representaciones más notables.

El siglo XV, desde sus comienzos, fué muy dado a los grandes retablos; en pocos años se realiza la evolución del altar, mueble litúrgico, al

altar inmueble, verdadera decoración, a veces total, superpuesta al muro de la capilla. Actuarían como fuerzas para este cambio, de un lado, la idea que el altar no había de ser menor ni menos rico que la puerta historiada; y de otro, el odio al paramento liso, infiltrado en nuestros gustos al contacto de ocho siglos con el moro. En Cataluña y Aragón comienzan los grandes retablos, y quizá son los primeros los de Vich: el de pintura, para Santa Clara, contratado por Borrassá en 1416, y el de escultura, para la catedral, terminado por Pere Oller en 1418³⁴.

Es de alabastro y obra admirable. El primer doselete de la izquierda, en el segundo cuerpo, contiene a San Francisco, que, de rodillas, recibe la impresión de las llagas; es figura expresiva y la más inspirada del retablo: logró el artista transmitir a la piedra aliento místico en la actitud, que recuerda pinturas de la escuela de Giotto.

De arte levantino y singular por la expresión risueña es la escultura de la colección de Cau Ferrat: en la diestra llevaría el crucifijo, y en la mano izquierda ostenta el libro; será de hacia 1440³⁵.

En el claustro de la catedral burgalesa hay un San Francisco decapitado, en el sepulcro de líneas flamígeras, que es importante por los dos relieves de la Resurrección del Señor y Cristo con la Samaritana.

No faltan efigies del Santo fundador en las silleras de coro, labradas en este siglo, tres merecen particular mención: León, Sevilla y Plasencia. En la de la catedral leonesa—que, como se sabe, comenzó en 1467 Juan de Malinas y fué acabada en 1481 por el alemán Teodorico, y que, dentro del XVI fué imitada en Zamora y Astorga—, el San Francisco está destocado, muestra la palma de la mano derecha y ostenta una cruz grande en la izquierda; amplísimas las mangas, se quiebran en abundantes pliegues. En Sevilla, en la de que Jorge Fernández fué el escultor, figura la de San Francisco entre las diminutas estatuas que la adornan. Y aparece en la de Plasencia: su talla debida a Rodrigo Alemán, que la contrató en 1497 y que, más que en tratar temas devotos, fué excelente en cuadros satíricos y escenas históricas; pero, este San Francisco es de taracea, que propiamente no es escultura y de mano italiana, no del mordaz entallador.

Monumento glorioso de un reinado es el convento toledano de frailes menores de San Juan de los Reyes. Es su capilla mayor la obra magna del

estilo puesto bajo el nombre de la Reina Isabel: el arte gótico en sus postrimerías, alcanza un carácter españolísimo (en manos de Juan Guas, que era de Lyon), repitiendo el motivo—adaptación de un principio artístico propio de moros—de los escudos iguales tenidos por sendas águilas enormes con leones apareados; y entre los escudos, en riquísimos templete, Santos franciscanos de admirable talla. El Fundador está en el ángulo Noroeste del crucero; enseña los estigmas de las manos, y el largo hábito, formando pliegues, al alzarse deja ver el pie izquierdo. La cabeza es de noble aspecto y rasurada; los párpados caídos contribuyen a dar la impresión de un devoto meditar. El cincel fué sobrio en detalles y dejó a la línea amplia, segura, y a la expresión contenida el encargo de hacer sentir.

En el inmenso retablo de la catedral de Sevilla, el mayor de España sin duda, comenzado en 1482, hay lugar para innumerables efigies de Santos, Patriarcas y Profetas; su prodigiosa abundancia obliga a hacer una verdadera investigación para encontrar alguno determinado. Aparece San Francisco en el pilar inmediato al lado izquierdo del relieve del Nacimiento de la Virgen. La estatua es pobre de factura y todavía más de espíritu. La capucha va echada hacia atrás, con la mano derecha levanta el hábito para descubrir el pie y enseña la impresión en la mano izquierda.

En el claustro del mismo San Juan de los Reyes, terminado en 1504, mutiladas estatuas de los Santos de la Orden revelan un grado inferior en la inspiración a las del crucero de la iglesia y análoga destreza en el oficio; se desconocen los nombres de quiénes trabajaron en el claustro.

Según Bertaux, uno de estos desconocidos es el autor de las esculturas de la capilla del Hospital Real de Compostela, que, fundado en 1499, no se labrarían con seguridad hasta el siglo XVI, aunque por su arte pertenecen al XV³⁶.

El San Francisco que aparece en uno de los pilares, de riquísima talla, es de los más bellos del tiempo. Los paños, en pliegues sencillos y amplios, dan nobleza y esbeltez a la figura; las manos alzadas para mostrar las sagradas huellas, no están rígidamente dispuestas, sino que se doblan con gracia y naturalidad; la cabeza, de firme modelado, tiene expresión dolorosa y rasgos muy poco españoles³⁷.

FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON

(Continuará).

NOTAS

1. Es la descripción que en la *Segunda Vida* hace Tomás de Celano. Sobre la elaboración de los libros de este primer cronista franciscano, véase N. Tamassia, *S. Francesco d'Assisi e la sua legenda*, Padua, 1906, libro interesante, aunque tendencioso. Celano escribió la primera Vida entre 1228 y 1229, y la segunda entre 1246 y 1247.

Fr. Marcos de Lisboa dió la descripción que hubo de divulgarse y de inspirar a los artistas españoles, dice así:

«Era el padre Sant Francisco de estatura mediana, más pequeño que grande; la cabeza, redonda y no grande; el rostro, un poco largo; la frente, llana; los ojos, negros y apacibles y no grandes; tenía los cabellos de la cabeza y de la barba ne-

gros y la nariz igual y delicada y las orejas pequeñas. Era de rostro alegre y benigno, no blanco, más moreno, su lengua era aguda y viva, la voz clara, dulce y sonora... tenía los dientes juntos e iguales y era de muy pocas carnes y delicada complexión.» *Primera parte de las crónicas de los frailes menores, traducida de lengua portuguesa en castellana por el Padre Fray Diego Navarro*. En Alcalá, 1568 (Bib. Nacional) libro X, capítulo III, folio CCXXXVIII.

2. Recuérdese la escena en el bellissimo soneto de Carducci: «Fratre Francesco, quanto d'aere abbraccia», *Poesie scelte* (Bologna), 2.^a edición, 208.

3. Cuéntalo San Buenaventura.

4. E. Mâle, *L'art religieux en France de la fin du Moyen Age*, 145.

5. «Las lardearé todas por de fuera» es la expresión que emplea Fr. José de González de Zaldívar en su *Compendio de la Vida del Ilagado Serafín* (Pamplona, 1776, 197), libro que conserva todavía el gusto de la buena lengua, como otros devotos de la mala época.

6. G. K. Chesterton, *Saint François d'Assise*, trad. de Isabelle Rivière. París, Plon., 1925, 162.

7. Es libro magistral el de H. Thode, *Saint François d'Assises et les origines de l'Art de la Renaissance en Italie*, traducción francesa, 2 volúmenes, París (1905).

«En España apenas se ha tratado. D.^a Blanca de los Ríos de Lampérez publicó un inspirado artículo (*Raza española*, números 6 y 7, 75-80) titulado *San Francisco en el arte español*. En Mayo de 1926, la misma ilustre escritora dió una conferencia de las organizadas por el Colegio de Doctores de Madrid, con motivo del Centenario, que, en parte, se publicó en *La Esfera* del 16 de Mayo. Sobre las representaciones de San Francisco hay recogidos muchos materiales en los artículos *Mis colecciones iconográficas*, publicadas por el P. Albocácer en «Coleccionismo», a partir del número de Marzo de 1916.

8. Thode, ob. cit., páginas 112-3.

9. P. Atanasio López, *Viaje de San Francisco a España*, en *Archivo Ibero-Americano*, tomo I, 1914.

10. La oración ante el Apóstol se representa en un grupo en el refectorio del convento compostelano; Santiago, sentado, habla con San Francisco, de rodillas. Ignoro las fechas de estas esculturas (¿siglo XVI?), que sólo conozco por el grabado que publica el P. Albocácer, «Coleccionismo» Nov. 1916.

11. Sobre el origen islámico de las órdenes mendicantes, hay indicaciones en un libro francés reciente que no he podido consultar, y debo la noticia de que no existieron tales comunidades en España ni en el Norte de Africa, al ilustre arabista D. Miguel Asín. Utilizo la edición de *I Fioretti*, con prólogo de G. C. Passerini, ilustrada por Attilio Razzolini. (S. Casciano, Florencia, 1924.)

12. Citada por el P. Atanasio López, ob. cit.

13. P. Atanasio López, ob. cit.

14. L. Serrano, *Don Mauricio, Obispo de Burgos* (Madrid, 1922), 88.

15. López Ferreiro, *Historia de la Iglesia de Santiago*.

16. Wadingo, *Annales minorum* (Lugduni, 1635), I, 566.

17. Ob. cit. I, 77.

18. V. Facchinetti, *Iconografia francescana (saggio)*, Milano, 1924. Hay traducción Española del P. S. Eiján. Es obra deficiente.

Quizá es anterior al fresco de Subiaco el retrato del beato Juan de Perusa, que fué mártir en Valencia, firmado por Bonamico en 1225 (capilla de San Próspero en Perugia). P. Ricci, *Il più antico dipinto francescano*, en «L' Oriente serafico», 31 de Agosto 1910, 337-44, citado por el P. Atanasio López.

19. M. Gómez Moreno, *Provincia de León*, 1925, 503.

20. Nello Tarchiani, *San Francesco nell'arte dei secoli XIII e XIV*, 41-50, del supl. al núm. del 24 Enero 1926 de *L'Illustrazione Italiana*.

21. Wadingo, *Annales*, tomo II, 182.

22. *Catálogo monumental de la provincia de Salamanca*, del señor Gómez Moreno, todavía inédito.

23. *Annales*, I, 1214.

24. Fr. José Santa Cruz, *Chronica de la Sta. Provincia de S. Miguel* (Madrid, 1671), lib. II, cap. I; «es el primer retrato de S. Francisco que se copió en el mundo... el hábito descubre todo el pie descalzo, y la capilla se muestra al uso primitivo, de una pieza con el hábito cosida a él, sin pecho ni espaldas más de la dicha capilla, que medio puesta en la cabeza se va angostando y cayendo sobre las espaldas». (Citada por el P. Atanasio López).

25. A López Ferreiro, *Historia de la S. A. M. de Santiago*, 1902, tomo V, p. III-3.

26. P. Flórez, *España Sagrada*, XXVII, 535. Martínez Sanz, *Historia del templo, Catedral de Burgos* (1866), 241. R. A. de los Ríos, *Burgos*, (1888), rebate las identificaciones propuestas y cree que se representa a Alfonso VI y Doña Constanza dando a un canónigo regular burgalés el privilegio de 1075, o a San Fernando y Doña Beatriz en el acto de la fundación de la Catedral. El barón de la Vega de la Hoz, en «Arte Español» (Febrero 1912), *La estatua del Obispo don Mauricio*, cree que «representa sencillamente el Juicio final... En Bourges existe una obra escultórica... con idéntica composición, aun cuando tiene mayor número de figuras». Es afirmación hecha de ligero. En Bourges aparecen tan sólo un franciscano y un rey, y la escena no se relaciona en lo más mínimo con la burgalesa. El dintel de Bourges está muy reproducido; ved, por ejemplo, en la lámina 158 de *Le Musée du Sculpture Comparée du Palais du Trocadero* (París, A. Guérinet). El P. Atanasio López sospecha «que no está representado el Seráfico Patriarca, sino alguno de sus hijos, tal vez el B. Juan Parente».

27. El P. Beaulieu, *Etudes franciscaines*, Julio, 1906, 61, dice es moderna, quizá posterior a Wadingo. En 1787 la copió D. Manuel Eraso para remitirla al marqués de Florida Pimentel, director (sic) de la Real Academia de San Fernando (P. Atanasio López, I, 444).

28. P. Pablo Manuel Ortega, *Chronica de Santa Provincia de Cartagena* (Murcia, 1740, parte I, 9) D. J. J. Amor y Calzas, en sus *Curiosidades de la Ciudad de Huete* (Madrid, 1904), dice que era de madera y de unos 50 cm., toscamente labrada, con los brazos cruzados y como encogido. «Cuando cerraron el convento pasó a la propiedad de D. Diego de Parada, y muerto éste, a la de su hija Doña Rosario, que se halla en Cuenca donde la debe conservar» (*Apud*. P. Atanasio López).

Se han citado con frecuencia dos esculturas de Vich como muy antiguas: «En la ciudad de Vich consérvase la tradición de haber predicado allí San Francisco desde lo alto de la torre del huerto de casa de Tórt (hoy Benló), al extremo de la Rambla de Moncada. Lo cierto es que en dicha torre se conserva, para perpetuar este hecho, un relieve de piedra con la imágen del santo patriarca, bastante gastada, y que no lleva inscripción ni fecha». (*Vich: su historia y sus monumentos*, por D. Solarich, 1854, p. 142.)

«En Vich— escribe la Pardo Bazán, *San Francisco*, I, página 136—existen dos bajos relieves que representan a San Francisco con las manos alzadas al cielo en actitud de predicar y que se suponen correspondientes a la época en que el Santo visitó la ciudad.»

Según carta del doctísimo director del Museo Episcopal de Vich, D. José Gudíol, «son obras de arte (¿?) popular y sin importancia arqueológica. Uno de ellos está en la fachada de la casa gremial de los curtidores blanqueros, llevando la data 1733. El otro resulta obra tosca y anodina, que bien pudiera ser de la primera mitad del siglo XVII. Este último ahora está empotrado en el sitio donde estuvo dicha torre, que fué derribada hará unos veinticinco años.

29. Sobre esta singular personalidad véanse: P. Fita, «Bol. Real Academia de la Historia», 1884, v, 308 y siguientes: VI, 379; y G. Cirot, *De operibus historicis Iohannis Aegidii Zamorensis, Burdigalae*. 1913.

30. Fol. 224 v. en el códice 2.763 de la Bib. Nac.

31. D. Juan Manuel, *El conde Lucanor*, exemplo XXXI, «Del juicio que dió un Cardenal entre los clérigos de París et los frailes menores, pag. 170 de mi ed. Madrid, 1920.

32. J. Botet y Sisó, *Provincia de Gerona* (Barcelona, ed. A. Martín), páginas, 241-2

33. Bib. AA. EE., LVII, *Poetas anteriores al siglo XV*.

34. E. Bertaux en *L'Histoire de l'Art*, de Michel, III, 2.^a parte, página 819, fig. 479.

35. Publicado en «Museum», 1917, pag. 38.

36. J. Villamil y Castro, *Erección del Gran Hospital Real de Santiago*, «Galicia histórica», 1901.

37. No es segura la fecha de otra efigie compostelana de San Francisco: aparece en la puerta de San Jerónimo (hoy Escuela normal). La portada se ordena a la manera románica, aunque es de hacia 1490; pero se trasladó al lugar que ocupa en 1652. y tal vez de entonces daten algunas estatuas, quizá el San Francisco y el San Pedro, que, según mi querido amigo el arquitecto municipal de Santiago, don Constantino Candeira, se diferencian de las demás. Sin embargo, el San Francisco presenta el rótulo en larga cinta, cual si fuese gótico. Ya queda dicho cómo el arcaísmo es el denominador común de las obras de arte en Galicia entre el siglo XIII y el XVII.

ESTAMPAS DE CASTILLA

TEMAS DE ESTÍO

ELEGÍA EN EL AGRO

Los numerosos hatos en donde pernoctaban las cuadrillas de segadores eran en la extensión del llano como una reviviscencia de los pueblos nómadas en los tiempos patriarcales.

Durante el día—aun en las horas cenitales en que la tierra se grietea calcinada como si la azotasen las convulsiones de un volcán—, los taladores de sembrados caminaban por entre los bosques cereales encorvados y sudorosos, convirtiendo el rastrojo en campo de batalla donde los haces en profusión eran como los amarillentos cadáveres de los combatientes.

Luego, los haces se amontonaban en hacinas que se poblaban de cigarras cantoras y en las que alguna codorniz venía a hacer su nido y algún reptil verdoso se hurtaba a la desolación ardiente del descampado.

Por carriles y calzadas cruzaban lentos y chirriantes los carros y las galeras de labor con su cónico cargamento de rubias mieses, como doradas pirámides rodantes.

De tiempo en tiempo algún tren solía rayar la llanura con su traza vernicular, jadeando fatigoso y manchando la limpidez del cielo con sus vellones de humo. Si era de noche, los resoplidos del monstruo resonaban en la campiña pavorosos y su paso marcábase entre las tinieblas, a lo lejos, por las volutas de oro y las chispas luminosas que escapaban de su abrasado aliento.

Otras veces era un automóvil el que pasaba raudo por la carretera, caudato de una larguísima estela fulva que poco a poco iba deshaciéndose.

Un día, por sobre la llanada cruzó la gracia majestuosa e imponente de un aeroplano,

que se anunció a gran distancia por el sonido asordante de su hélice. Los segadores enderezaron un momento los cuerpos, curvados hacia la tierra bajo la carga onerosa del trabajo, y levantaron las frentes hacia el cielo, por donde el progreso volaba como un símbolo de liberación. Las pacíficas bestias engallaron las cervices e izaron las orejas, y los perros aullaron agoreros, barruntando el paso de lo misterioso, de lo sobrenatural, de lo incognoscible...

Bajo el dosel estrellado del firmamento y en la silente calma de la campiña, la llanada era en la noche como un campamento inmenso donde vivaquearan los ejércitos fecundos de la milicia agrícola. Por todas partes se divisaban pequeñas hogueras donde los héroes del trabajo guisaban su condumio y a cuyo en torno reposaban tras la ruda tarea cotidiana.

Algunas veces la nostalgia de unos amores aldeanos ponía en los pechos de los trabajadores jóvenes ternuras aladas que se exteriorizaban en forma de rústicas canciones, cuyos ecos rasgaban el silencio solemne del agro en calma y aumentaban el encanto bucólico de la noche campesina.

Más tarde, el silencio se hacía más profundo, la obscuridad más densa, y sólo se veía el rielar de las estrellas en la altura, y sólo se escuchaban el concierto monótono del grillo y el ladrar vigilante de los perros.

Cuando el cantar de la codorniz resonaba en las hacinas y un aurirrosado fulgor asomaba por Oriente anunciando el nuevo día, los segadores abandonaban sus duras yacijas de sobre la gleba y, cara al Sol naciente, se des-perezaban y ablucionaban como oficiantes de un rito mahometano. Y otra vez a empuñar las hoces y arrastrar los cuerpos que pronto bañábanse de sudor por entre las maniguas

de resecas cañas, de las que se elevaban vaporosas nubes a la abrasadora caricia de un Sol fundente.

* * *

Aquel día, «La Gran Clueca Universal», como llamó Salvador Rueda al brillante astro diurno, dejaba caer sobre la tierra con fuerza irresistible su poder ígneo. La vista era incapaz de ahondar en las lejanías del horizonte, a través de aquel abrasado océano de luz, sin experimentar la sensación de una quemadura en la retina. Por todas partes y en todos los objetos refulgían los rayos solares levantando oleadas de fuego.

En los sembrados, las graníferas e hirsutas espigas se inclinaban sobre sus tallos céreos, que, de puro secos, las dejaban caer truncas, produciéndose leves chasquidos y suaves crepitaciones.

Bajo la socarrante lumbrarada, diez hombres, medio desnudos sus robustos cuerpos y completamente anegados en sudor, iban arras-trándose curvados y esgrimiendo las cortadores hoces a lo largo de un haza que distinguíase de las demás por un cobertizo armado de palos y cubierto con mieses que en ella se levantaba. Dos de estos segadores caminaban constantemente adelantados del grupo general, en un brioso alarde de fuerza, de agilidad y resistencia. Como si entre ellos se hubiese concertado tácitamente una contienda para la demostración de las mutuas aptitudes, segaban con festinación asombrosa, con verdadero ahínco, con seguridad magistral. Sus movimientos eran celerosos y rapidísimos, y limpia y acabada su técnica del segado. Simultáneamente era prendido el puñado de cañas y cercenado por la segur. Y así una hora, y otra, y otra... Imposible seguirlos ni imitarlos.

El jefe de la cuadrilla, el manigero, violentado por semejante alarde, habíales ya dicho más de una vez:

—Pero, vamos a ver, Pablo, y tú, Juan, ¿a qué viene el segar así? Es que vamos a reventarnos, o es que queréis pintarla de valientes?

Y los dos mozos, igualmente jóvenes, igualmente vigorosos y enardecidos por secreta rivalidad, contestaban en suplicante tono:

—Déjenos usted, Colás, es un gusto. Ustedes vayan al paso que quieran.

Y proseguían la tarea con creciente ardor, incansables, como poseídos del vértigo extraño de talar sin descanso cuanto a la vista había.

Tras los hombres, varias mujeres iban recogiendo los tallos desperdigados y formaban también haces con ellos. Entre éstas estaba Marcela, la de tío Antonio, el segador más anciano de la cuadrilla.

Era Marcela como una tosca, pero bella y

graciosa representación de la divinidad mitológica que preside las operaciones del agro. Su grácil cuerpo, de morbideces y tersuras de pomas madurecidas, parecía estar formado con materiales de belleza brindados por los campos. Del color de los granos del trigo eran sus carnes. Sus cabellos parecían sedosas hebras extraídas del capullo de las moreras. Sus ojos semejaban lírios morenos. Su boca era cual leve amapola, plegada en doblez artístico... Hasta su nombre, llevado por la gentil pastora de la leyenda cervantina, tenía encanto bucólico, prestigio de égloga.

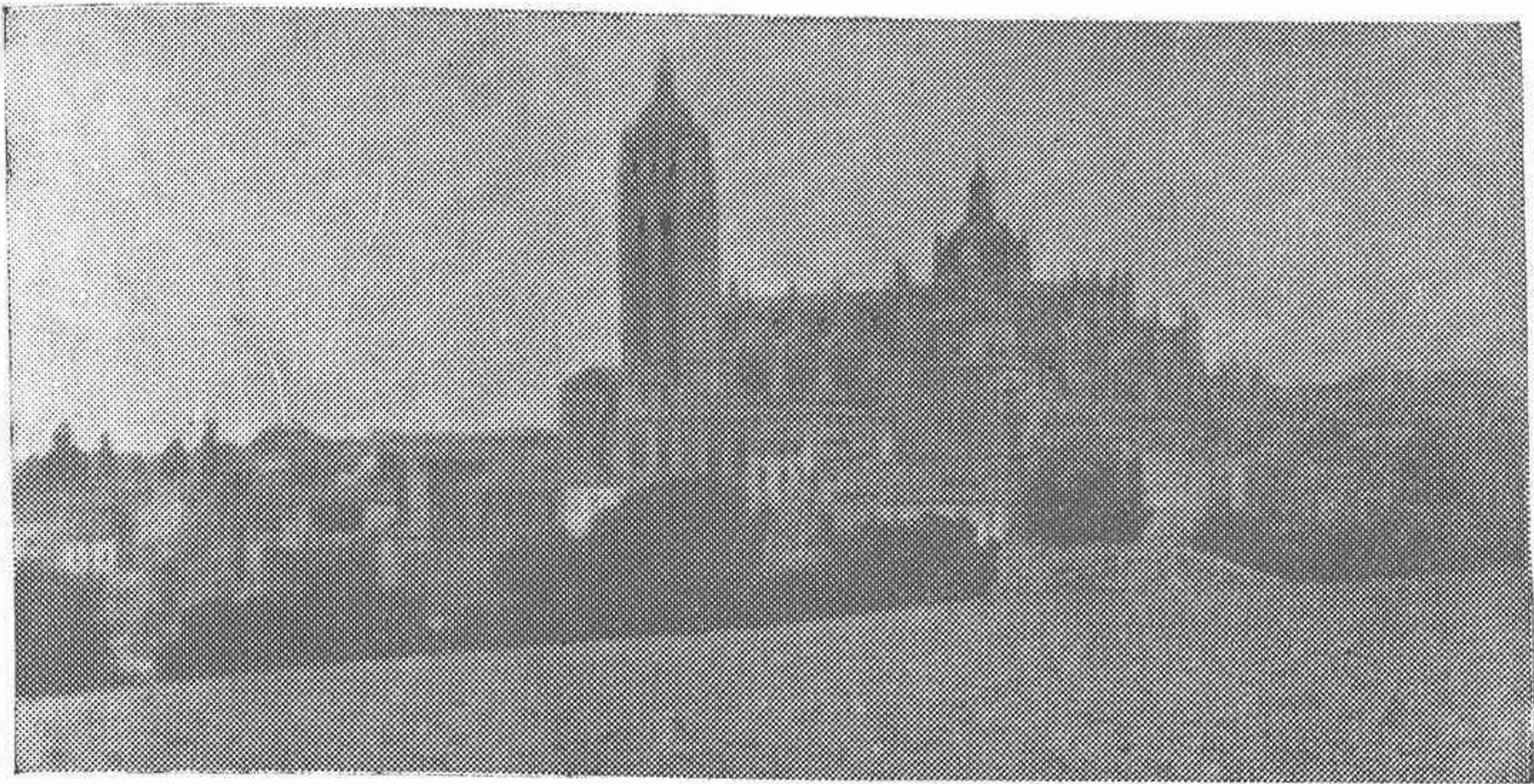
En el hato gozaba del respeto y la admiración de todos por la bondad de sus sentimientos y la discreción y mesura de su trato. Cuando, en las cálidas horas del mediodía, la cigarra vibraba como un ascua sonora en los olivares, y las bestias buscaban el sombrío refugio de las hacinas, y los segadores avanzaban medio axfisiados por entre los trigales, Marcela, evocando a la predestinada para esposa del hijo de Abraham, iba a por agua al cercano pozo y, como Rebeca ante Eliezer, inclinaba el cántaro entre sus manos para que, uno tras otro, bebieran todos los individuos de la cuadrilla. Luego, completando la remembranza del bíblico pasaje, daba de beber también a las bestias, que, en sitibundo gesto, enarcaban sus belfos como los camellos del enviado del patriarca de Canaán.

... Y, como Crisóstomo de la pastora cervantina, los dos mozos segadores se enamoraron de Marcela la aldeana perdidamente, desesperadamente, con la incoercible fuerza y arrollador impulso con que se entregan al amor las almas vírgenes que se albergan en los robustos cuerpos por donde la sangre, fogosa y abundante, circula en corriente torrencial.

Si hubiesen sido reyes, a los pies de la amada, para alcanzar su afecto, habrían depositado sus riquezas y su corona; si conquistadores, las llaves de las ciudades conquistadas; si caballeros medievales, el galardón conseguido en los torneos; si sabios, sus libros eminentes; si artistas, sus obras más excelsas... Pero tan sólo eran trabajadores de la gleba, y su ofertorio a la deseada no podía ser otro que el de la gallardía y pujanza de su naturaleza juvenil.

Por eso aquellos dos hombres, hijos ignaros del terruño, no teniendo otros timbres ni blasones que su resistencia muscular, habían cifrado, concentrado su voluntad y su alma entera en vencerse mutuamente en la brutal tarea, para poder ofrendar el triunfo, cual glorioso trofeo, al ídolo de sus amores, testigo atribulado de tan tremendo pugilato.

Para la conquista de su ideal, al servicio de su amoroso empeño, el gladio era en las manos de los dos jóvenes como la espada de Alejandro, como la péñola de Homero, como



SEGOVIA.—Vista parcial panorámica

CIUDADES ESPAÑOLAS

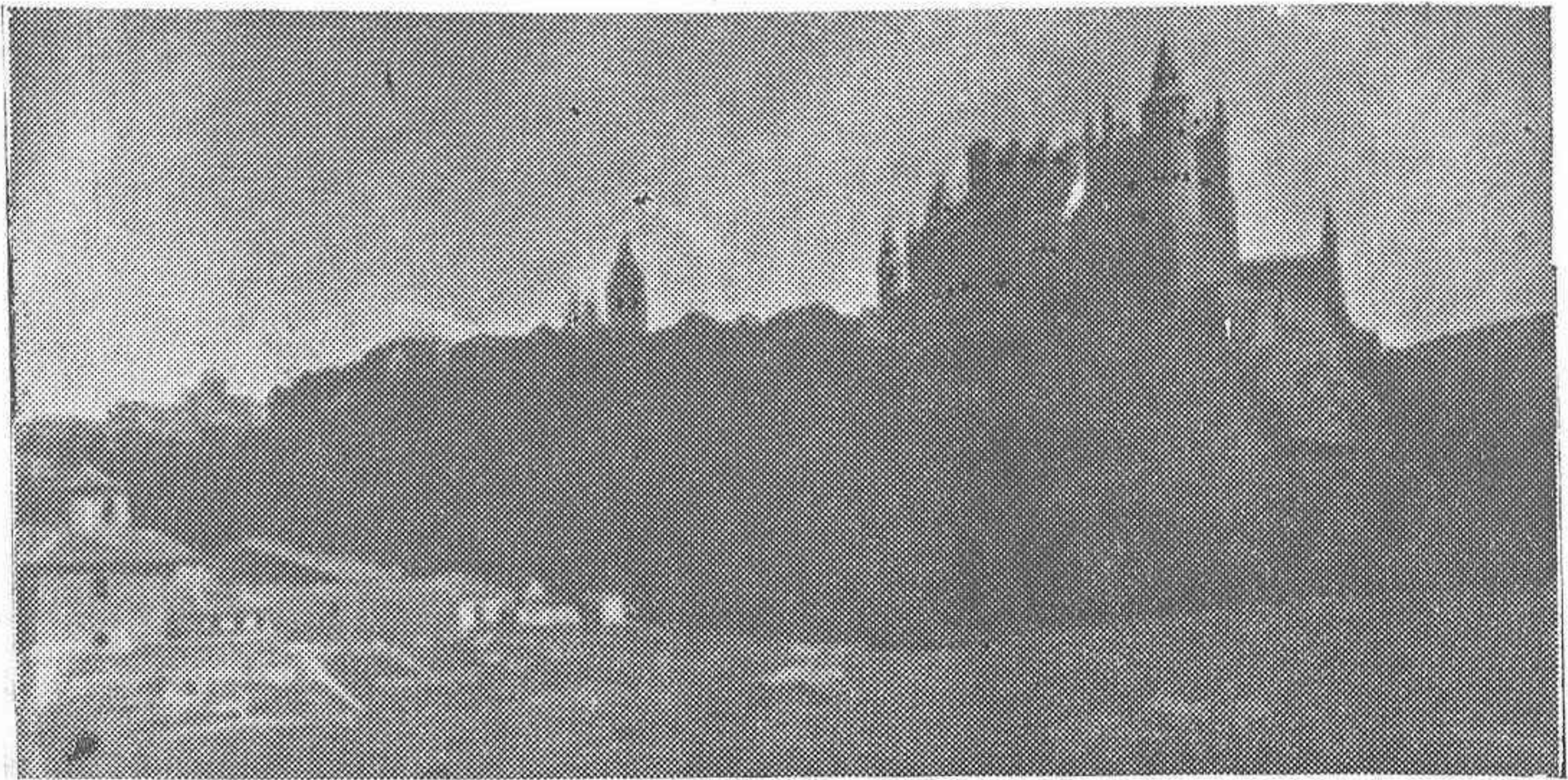
SEGOVIA

Segovia es la población ibérica por antonomasia, la más romántica e impregnada de recuerdos de la madre Castilla. Difícilmente se encontrará en el mundo ciudad que infunda una impresión tan severa de señoría, de nobleza como esta antigua capital española. Emplazada galanamente de manera tal que hace de plinto de su catedral, entre dos profundos valles, sobre una enorme roca prominente en forma de esquife, cuya proa—el Alcázar—mira a occidente, y la popa a oriente, hállase circundada al norte por el Eresma, y por el Clamores al sur, ríos que confluuyen allí mismo, aportando el primero las cristalinas y turbulentas aguas del próximo Guadarrama, y tras haber recorrido el segundo una cuenca llena de cavernas donde los sabios descubrieron preciados restos prehistóricos. No sólo la situación, sino la perspectiva, de maravillosa teatralidad, es pasmo en los ojos de todo visitante de esta ciudad de la piedra dorada. Encuéntrase en Segovia compendiada, reunida, toda pura y varia manifestación artística, todo testimonio siempre vivo del desenvolvimiento cultural de la raza en su devenir secular. Aunque no ha sido todavía expresamente reconocida, unánimemente elogiada en la justa medida de sus méritos incomparables, no faltan los que, con autoridad para ello, llamanla «ciudad-museo» y «Meca del Arte ibérico», admirando siempre, a más de su situación y su ambiente, el conjunto de monumentos que atesora de los más varios estilos y épocas, evocadores todos ellos de nuestro patrimonio esplendoroso de pretéritas grandezas.

Día llegará, y no lejano, en que todo este summun de circunstancias que pondera-

mos—sucintamente, ¡ay!, por la obligada concisión del artículo—hagan de Segovia la ciudad más conocida y visitada de la madre Castilla, y en la que el turista encuentre, no ya una particular sensación determinada y predominante, como acontece en otras tan decantadas, sino la evocación de todo el sentido de la compleja formación y devenir de nuestra estirpe: pasadas contiendas, cultura secular, fe y religiosidad ancestrales, tradición de agrarismo... Tal cree quien conoce la sin par ciudad con férvida dilección, pero con sereno espíritu crítico, encontrándose siempre, empero aquélla, en el límite comprensivo y ecuánime donde se armoniza el efecto con la imparcialidad.

Segovia es el rincón que mejor conserva el prístino ambiente del romanticismo pretérito, a pesar del triunfo positivista de la época. Es, en una palabra, la ciudad española de más genuino sabor y carácter que nos queda. Como ha dicho un escritor contemporáneo que condensó acertadamente su intensa visión de la ciudad, Segovia constituye un lindo museo donde las obras de arquitectura no se presentan alineadas en dos largas filas, como en las ciudades modernas, que semejan una formación de soldados gigantescos, ante los que desfilan, indiferentes, las muchedumbres, sino que, por el contrario, cada casucha, cada iglesia, cada palacio está emplazado de tal modo que parece una flor silvestre, nacida en el lugar más adecuado a su especial naturaleza. Y esta floración arquitectónica es tan exuberante en monumentos y tan variada en estilos, que bien demuestra al espíritu menos observador la variedad de razas que habitaron la



SEGOVIA.—El Alcázar

ciudad, en la que dejaron toda su alma y su espíritu, embalsamando el espacio con la compleja sedimentación secular de sus caracteres psicológicos.

Al primer paseo por Segovia ya es de admirar la sugestión que produce su inefable aroma de poesía, que rememora los tiempos de Jorge Manrique, el príncipe de los poetas primitivos que habitó en ella. En todos los rincones de las solitarias plazoletas surgen a la vista ábsides y pórticos románicos, portadas carcomidas por la acción del tiempo, ruinas silentes y escudos heráldicos que añoran luengas empresas afortunadas. La historia y la tradición han escrito una de sus más bellas páginas en cada una de sus plazuelas irregulares y sus angostas callejas, en sus palacios señoriales, en sus casuchas vetustas, en su Alcázar, en sus murallas y en sus templos, que dan más completa y acabada sensación de firmeza ibérica que los de Toledo, Avila y Burgos. Segovia dió a España su reina más esclarecida, y hacía detener a los reyes ante sus murallas hasta que jurasen respetar las leyes de Castilla y los privilegios de la ciudad. En su Alcázar, que habitáronlo los reyes y claros varones, se celebraron Cortes. El *Azoguejo*, la famosa plaza, era universidad de pícaros. Allí, según Quevedo, «se despulgaba la canalla». Vivían por aquellos tiempos en paz cristianos, moros y judíos, mientras luchaban tenazmente los más nobles caballeros por la posesión del Alcázar. Predicaba San Vicente Ferrer, hacían vida Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se cometían robos, sacrilegios y se efectuaban milagros, siendo los más famosos entre éstos los de la *Catorcena* y de *María del Salto*. Para cada uno de estos hechos tiene Segovia un escenario adecuado, y donde la historia sólo ha puesto un breve comentario, la tradición ha forjado una leyenda rebotante de belleza y sentimiento.

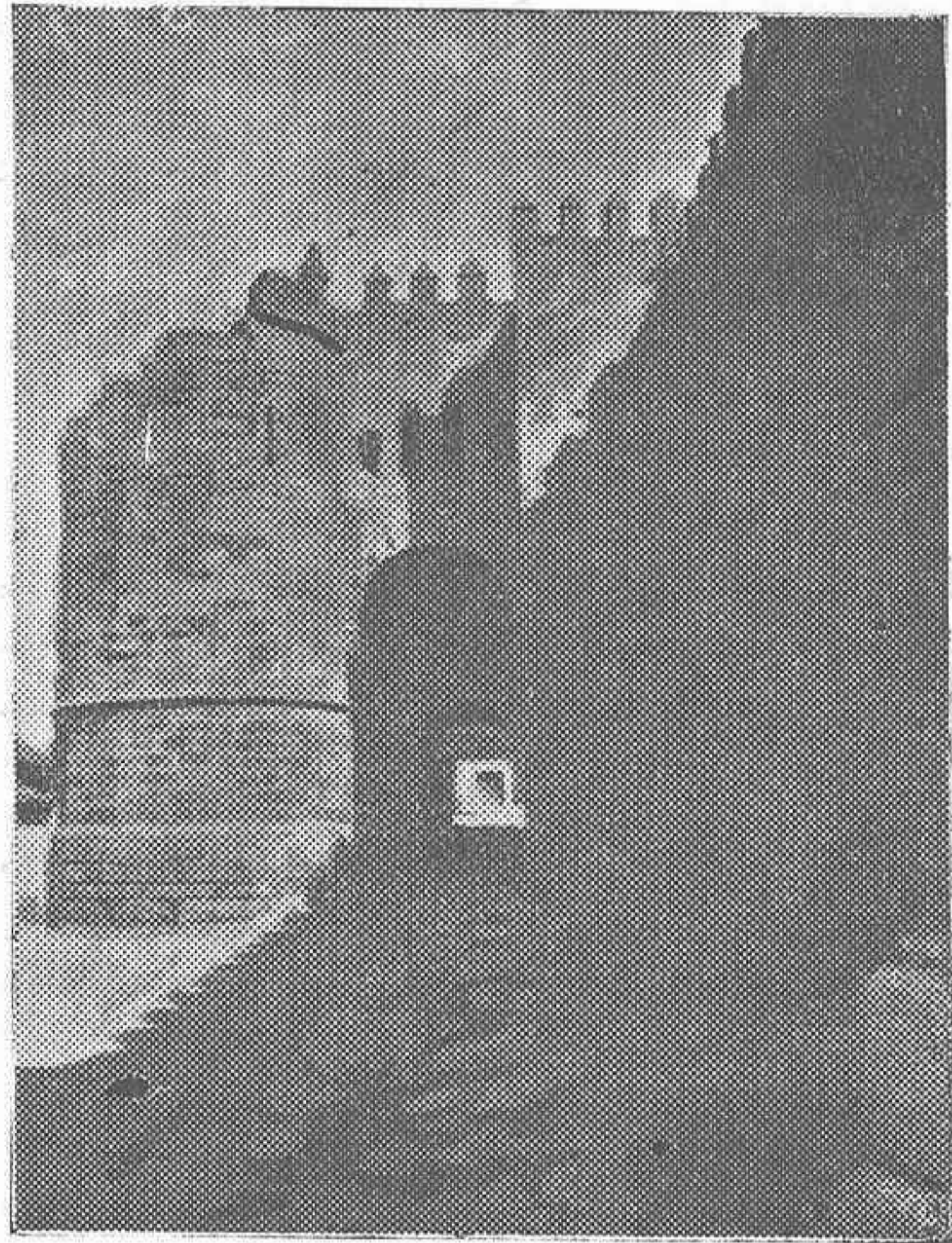
La tarea de reseñar las múltiples bellezas de esta ciudad de ensueño es de por sí difícil, máxime constreñidos a efectuar una pintura de conjunto en breve espacio. Y no digamos nada de adunar la visión objetiva de hoy con el recuerdo de su pasado, con la del papel importantísimo que jugó en los siglos pretéritos.

Existen cuatro monumentos en la vetusta ciudad, cada uno de los cuales bastaría para dar prócer renombre a la población que lo contara. Son: el Acueducto, la Catedral, el Alcázar y el Monasterio del Parral. Es el Acueducto la más célebre construcción de su clase que nos dejaron los romanos, el primero de la península y acaso de la tierra. Verdadera maravilla del mundo, poema en piedra de los siglos, hay sobre su construcción antiquísima numerosas leyendas. Está formado con enormes y regulares piedras labradas, sin unión, no ya con grapas, si que ni con cemento alguno, ocupando una extensión de casi un kilómetro, con dos filas de arcos y 170 de éstos en total. ¡Qué impresión produce este severo monumento, firme e indestructible, que sobrevive contra la fuerza de los siglos en su sér primero! La Catedral—llamada «la dama de las catedrales españolas»—es, indudablemente, una de las principales de España, y, desde luego, la que tiene el ábside y la cúpula más bellos, no encontrando superación la pureza ojival de su línea en la columna y la arcada, ni la esbeltez de las naves y conjunto. El Alcázar es la más importante edificación de carácter militar que nos queda, mansión de reyes y lugar de contiendas ayer, y Archivo General Militar hoy, la que si por su enorme y bellísima fábrica es interesantísima, admirando sus torres y cúpulas, por su situación cabe el borde de la peña lamida por el Eresma, desde donde se divisa una de las perspectivas más hermosas que se puede idealizar, es sen-

cillamente admirable. El esplendor pretérito de este magno edificio, allá por los tiempos de Enrique IV, el rey-poeta del «agrio dulce es reinar», fué realmente hiperbólico. En el Alcázar hay un elegantísimo palacio adornado de oro, plata y color celeste que llaman azul, y con el suelo de alabastro—dice un cronista de la época. Se ven también allí dos patios edificadas con esa piedra. En el palacio están las esfinges de los reyes que desde el principio ha habido en España, por su orden y en número de treinta y cuatro, hechos en oro puro, sentados en sillas regias, con el globo y el cetro en la mano... En este mismo palacio nos llevaron a otras cinco salas o cámaras hechas de alabastro y oro con pavimento de mármol; entre ellas, la que sirve de dormitorio al rey, tiene un artesonado de reluciente oro, y las ropas del lecho están tejidas con oro.» Finalmente, el Monasterio del Parral es también presea de incalculable valor artístico, por su pureza gótica y por guardar todo un tesoro de bellezas, tanto en su traza exterior con la torre y el frontis, como dentro con los arcos, retablos y maravillosos sepulcros. «La proporción y trabajo de las tres hornacinas—escribe, después de hablar del conjunto del célebre edificio, el gran Eugenio Noel—, los altorrelieves, las grecas, los frisos, los doseletes y sus estatuillas, el grupo del marqués y su paje, con aquella armadura que es sencillamente un prodigio, el busto de la marquesa, sobre el que irradia una pureza celestial, la orla de los arcos, etc., os deja quietos, muy quietos, paralizados con esa dulcísima meditación del arte puro y serio que da escalofríos y placeres sin nombre».

Después de estos cuatro principales monumentos aún hay otros muchos valiosísimos. Siendo Segovia la ciudad genuinamente románica y mudéjar, cuéntanse en su recinto, en lugar preferente, las múltiples edificaciones de estos estilos. Llegó a tener cincuenta y siete templos románicos, de los que aún quedan hoy, no obstante los arruinados, más que en ciudad otra alguna. Todos son realmente maravillosos, y tras los principales: San Millán—en el que se atisban las influencias bizantinas—San Esteban—el de la más bella torre bizantina de España—, San Miguel—de famosos sepulcros—, San Lorenzo, San Martín—prodigio de estática con su torre—, Santa Cruz y San Juan de los caballeros—taller hoy de los ceramistas Zuloaga—, todavía podríamos seguir nombrando otros cuantos, todos interesantísimos por su estilo, por su antigüedad y por los vestigios que en ellos han ido quedando de los gustos artísticos que se sucedieron con el tiempo. Otro aspecto valiosísimo de la arqueología segoviana es el de las casas-palacios. ¡Qué admirable aspecto el de muchas

de ellas, y qué valioso conjunto el de todas estas edificaciones! Unas tienen encantadores patios del Renacimiento, y otras severas y airosas torres mudéjares, con matacanas y antiquísimas inscripciones, labores de ataurique y esgrafiados; torres que en un principio, antes de ensancharse la ciudad fuera del recinto fortificado, servían como avanzada de defensa, acopladas a la muralla, en la que se abren monumentales puertas, tales que la célebre de San Andrés, que recuerda la del Sol de Toledo, y muestra al visitante una lápida con la inscripción alusiva a don Pablos, el *Buscón*, «ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños», cuyo origen aquí asentó el príncipe de nuestra sátira. De estos palacios blasonados que cuenta Segovia, casi todos ellos con arcada antigua en la puerta de entrada y mostrando no pocos de



SEGOVIA.—La famosa Puerta de San Andrés

ellos en el patio la famosa galería alta de madera, en donde otrora trabajaban los pelaires, son los principales los llamados de los Picos, de Hércules, de Juan Bravo—donde nació, según la tradición, el célebre comunero—, de Arias Dávila, de Lozoya, del marqués del Arco, del Conde de Cheste, de los Salcedo, etc., etc.

* * *

Todos cuantos lleguen a conocer como nosotros ese tesoro de belleza, cuya descripción acabada requeriría un voluminoso libro y no ignoren la sublime leyenda, la histórica significación que añoran las piedras segovianas, se explicarán el poder tentador con que atrae a los que somos sus devotos este solar augusto de Castilla.

ANGEL DOTOR

EL SISTEMA AMERICANO DE EDUCACIÓN, SEGÚN UPTON SINCLAIR

LAS UNIVERSIDADES

Upton Sinclair es uno de estos escritores cuyas obras nos suministran una visión detallada y precisa de la sociedad en que viven. Los libros de maestros como éste, ofrecen a los contemporáneos y por ende a los historiadores, una vista de conjunto fidelísima de la etapa del progreso humano que reseñan. A Upton Sinclair debemos el cuadro prodigioso del mundo capitalista de los Estados Unidos que él ha estudiado en todos sus aspectos; leyendo sus libros hemos penetrado en el misterio de las gigantescas empresas industriales que no tienen equivalente en ninguna otra parte del mundo; conocemos su prensa y su clero; su masa obrera y la actitud que durante la guerra supo tomar, y lo que para nosotros tiene más importancia, nos ha pintado un grandioso cuadro de lo que es la organización universitaria americana tal como la ha hecho la potencia formidable del capitalismo yankee. Dos obras ha dedicado a este estudio. En el primer volumen, *THE GOOSE-STEP* (el paso de la oca), nos conduce a través de todas las Universidades americanas, desde la Universidad de Columbia, la opulenta, la imperial, hasta los modestos establecimientos como son los colegios del Trabajo, que luchan por apartar a sus adeptos de la enseñanza oficial.

Su segunda obra, *THE GOSSINGS* (los polluelos de oca), nos conduce a la escuela primaria y allí nos enseña cómo el capitalismo yankee petrifica, fosiliza aquellos cerebros in-

fantiles para que luego sean dóciles instrumentos de sus agios, para que engrosen más adelante la masa de esclavos que multiplica día por día sus enormes ganancias.

Llama polluelos de oca a los alumnos de las escuelas, y así como esos animalitos han nacido para que los guíe la vara del dueño, estos niños son educados de suerte que cuando alcancen, con la virilidad, la plenitud de sus derechos ciudadanos no tengan el menor sueño de libertad y no se separen un punto de la masa obediente a los dictados del amo. Entre los detalles que prodiga el autor, muchos comunes a todos los países, uno resalta sobre todos: la opresión del capitalismo es universal por sus resultados idénticos en todos los Estados.

Nos habíamos propuesto explicar el extraño título que Upton Sinclair ha escogido para su obra, pero es mejor dejar que él nos lo explique:

«Hemos gastado unos treinta mil millones de dólares y hemos sacrificado muchos millares de vidas juveniles para aplastar la autocracia alemana; se nos ha dicho en todos los tonos, y fervorosamente así lo hemos creído, que de esta manera construíamos en la Tierra un rico caudal que había de hacernos más felices; la kultur. El ejemplo de Alemania, erigiendo a todo un pueblo en defensor de la casta militar, era no sólo un mal físico si no también un mal intelectual, un régimen de dogmatismo autocrático. La mejor expresión de este régimen la he encontrado leyendo a

»cierto Joham Gottlieb Fichte, filósofo prusia-
 »no y apóstol del nacionalismo. He aquí dos
 »frases tomadas de uno de sus interminales
 »discursos: «*Someter a los hombres a un régi-*
 »*men de orden; colocarlos por fuerza bajo el*
 »*yugo del orden, es, no solamente un derecho*
 »*del que usufructúa el poder, sino el más sa-*
 »*grado de los deberes que debe cumplir. El que*
 »*se encuentra en esta situación es el jefe esco-*
 »*gido por Dios para labrar la felicidad de su*
 »*pueblo...*» Leed detenidamente estas frases; te-
 »nedlas presentes durante la lectura de mi li-
 »bro y veréis si tengo o no razón al decir que,
 »habiendo ido a Europa para destruir de una
 »vez para siempre «Le pas-de-l' Oie» la hemos
 »traído a nuestra patria, nos hemos puesto a
 »sus órdenes, y, lo que es más terrible, pusi-
 »mos bajo su mando, nuestro pensamiento y
 »la vida intelectual de nuestras jóvenes ge-
 »neraciones.»

Y, en efecto; lo que Upton Sinclair nos
 cuenta de los Estados Unidos, nos prueba
 que, allí, el capitalismo curva con el peso de
 su dominio egoísta las frentes, entorpece las
 inteligencias y borra los caracteres de mane-
 ra tan profunda y completa como podría ha-
 cerlo el más imperioso de los despotismos,
 el despotismo contra el que se pretendió su-
 blevar a todos los pueblos en 1914, el Kaiser-
 Capital que es más insidioso y más cruel, que
 el ya abatido Kaiser Guillermo.

En miles de ocasiones se nos ha elogiado
 el régimen de organización libre de la escuela
 en los Estados Unidos, oponiéndolo a nuestro
 régimen de organización por el Estado. Se ha
 establecido también el paralelo entre los mez-
 quinos recursos de nuestras facultades y la
 opulencia en que los millonarios norteameri-
 canos hacen vivir a aquellos estudiantes. En
 las dos obras de Sinclair observamos el rever-
 so de este brillante cuadro y nos damos cuenta
 perfecta de la servidumbre que sufren esos
 alumnos y esos profesores a cambio de las co-
 modidades de que gozan. Las Universidades
 americanas están, por lo general, administra-
 das por un consejo de dirección (Board of
 Trustees) compuesto de miembros vitalicios
 reclutados a imitación de nuestros académicos.
 Disponen de ingresos y recursos especiales
 que administra el Consejo y gracias a ello dis-
 pone éste, a su antojo, del personal docente.
 Estos Consejos están sometidos económica-
 mente a los grandes Trusts, a los grandes capi-
 talistas, que, ya por sí o por sus apoderados,
 vigilan escrupulosamente la labor del Conse-
 jo. En todos ellos, hay un miembro de estos
 Trusts, que pone el veto a los acuerdos que se
 aparten de la línea trazada de antemano.

Veamos la manera de funcionar uno de es-
 tos consejos, el de Columbia por ejemplo, a
 cuya Universidad no duda Upton Sinclair en
 calificar de *Universidad de la Casa Morgan*.

«La Universidad de la Casa Morgan, está

»gobernada por un Consejo de Administra-
 »ción idéntico al de las demás Universidades.
 »Según la ley, estos administradores son los
 »dueños absolutos de la Universidad, los admi-
 »nistradores del capital y de las propiedades
 »territoriales del establecimiento, y nadie tie-
 »ne derecho a exigirles responsabilidad en sus
 »gestiones. Hagan lo que hagan, nadie puede
 »destituirles y sus teorías administrativas se
 »perpetúan a través de los años porque ellos
 »mismos escojen a sus sustitutos. ¿Quiénes son
 »estos señores? ¿De qué sector social han sa-
 »lido? Lo primero que podemos observar es
 »que, entre ellos, no hay más que un profesor:
 »el Presidente de la Universidad. El resto lo
 »componen: un ingeniero, un obispo, diez abo-
 »gados y ocho miembros más clasificados co-
 »mo banqueros, propietarios de ferrocarriles,
 »terratenientes, negociantes industriales, etc.,
 »etc. El Presidente del Consejo es Williams
 »Barclay Parsons, ingeniero del ferrocarril
 »subterráneo y director de varias industrias.
 »El más joven de los consejeros es Marcellus
 »Hartley Dodge, elegido a los 26 años, cuando
 »estudiaba todavía en Columbia y dirigía ya
 »la Sociéte Equitable Life. Es yerno de Rocke-
 »feller y preside la Remington Arms Compa-
 »ny y la Union Metallic Company. De él se
 »dice que ha ganado de un golpe 24 millones
 »en la Midvale Steel (Aciers) y que en 1916
 »ganó dos millones dirigiendo y organizando
 »el mercado de máquinas para fabricar muni-
 »ciones. Otros miembros del Consejo son: Fre-
 »derik R. Coudert, uno de los abogados de más
 »fama entre la plutocracia yankee y director
 »del National Surety and Equitable Trust;
 »Herbert L. Satterlee, abogado de Morgan;
 »Robert S. Lovett, presidente de la Union
 »Pacific Rail-road, yerno de Morgan y direc-
 »tor de otros doce ferrocarriles; Williams
 »T. Manning, obispo que por estar asociado
 »a todas las obras de Morgan pudiéramos de-
 »cir que era el obispo de la razón social J.-P.
 »Morgan et C°. Pierpont Morgan el viejo que
 »ha formado parte del Consejo casi toda su
 »vida y Stephen Baker, presidente de la Bank
 »of Manhathan y de la Bank of the Metropo-
 »lis que lo es en la actualidad. Desde 1.900 a
 »1.923 han pasado por este Consejo de la Uni-
 »versidad de Columbia 59 personas clasifica-
 »das de la manera siguiente: banqueros, pro-
 »prietarios de ferrocarriles, agrarios, nego-
 »ciantes e industriales, 20; abogados, 21; pas-
 »tores protestantes, 8; médicos, 6; educado-
 »res, 1; ingenieros, 3. Los 6 médicos que han
 »pertenecido al consejo proceden del Collége
 »de Médecins et de Chirurgiens que es una
 »rama de la Universidad de Columbia.»

Semejante a esta lista son todas las demás
 que inserta Upton Sinclair en su libro. En Ha-
 vard (Boston), en Filadelfia, en Yale, en Pitts-
 burg, ... encontramos parientes lejanos o
 próximos de Morgan y de los demás multimi-

llonarios famosos. La lista completa sería fatigosa para el lector. Baste decir que en San Francisco, en Nueva York, en San Luis y en Chicago, el capitalismo yankee controla (en el sentido inglés de la palabra, es decir, dirigir, gobernar), los grandes centros intelectuales de los Estados Unidos.

¿Qué recursos tienen las Universidades americanas? Estas Universidades son propietarias, rentistas, ricas, muy ricas, y como casi todos los ricos explotan negocios y hombres. Cedamos la palabra a Upton Sinclair que seguirá hablándonos de Columbia:

«Inútil me parece decir que la Universidad de Columbia está admirablemente provista de recursos, estimándose su capital en 75 millones de dólares y su renta anual en más de 7 millones. Una parte considerable de estos fondos está colocada bajo la inspección del Consejo de Administración. Yo poseo una lista, escrita a máquina, de sus propiedades, y en las veinte páginas que llena la relación encuentro los ferrocarriles y propiedades industriales más importantes de los Estados Unidos. Quien quiera que usted sea, viva donde viva en los Estados Unidos, no pasará usted un solo día sin pagar tributo a la poderosa Universidad de Columbia. Para reunir los materiales de este libro, tuve necesidad de hacer un viaje de 700 millas y utilizar 14 líneas distintas de ferrocarril. He podido comprobar cómo cada una de estas líneas figura en la lista de que antes hablé, de suerte que yo he contribuido milla por milla de mi viaje a sostener la enorme máquina de Columbia. También le pagué contribución en el cuarto de mi hotel en Nueva York cada vez que encendía el gas, porque la Universidad de Columbia posee 53.000 dólares invertidos en acciones al 4 por ciento de la New-York Gas, y he contribuido asimismo a sostenerla cuando telefoneaba a mis amigos porque la Universidad de Columbia posee 50.000 dólares en obligaciones al 4 por ciento de la New-York Telephone Company. He contribuido también a sostenerla cuando consumía en el desayuno una cucharadita de azúcar, porque la Universidad de Columbia posee acciones de la American Sugar Refining y de la Cuba Cane Sugar Corporation.

«Nada desdeña por pequeño que sea, la gran Universidad; las tiendecitas de todo a 0, 25 y 0, 50 objeto; la Tilford Grocery Company y la Liggot and Myers Tobacco Company. Tengo sobre mi bureau la carta de una pobre mujer que me dice cómo la Standard Oil Company arrebató a los pequeños propietarios los terrenos petrolíferos de California; pues bien, la Universidad de Columbia se aprovecha de estos atropellos porque posee 25.000 dólares en obligaciones de la Standard Oil Company de California. Cono-

«cú una pobre piltrafa humana que, menos la vida, todo lo había dado en servicio de la Bathelém Steel C^o, y la Universidad de Columbia ha tomado también su parte de la salud y de la dicha de este hombre. Atravesando el desierto, bajo el sol abrasador del verano ví a lo lejos, en las montañas estériles, una enorme fundición de cobre vomitando al cielo columnas de humo amarillo. Nosotros en el soberbio wagón Pullman íbamos en mangas de camisa; funcionaban incansables los ventiladores eléctricos, los mozos de comedor vestidos de blanco y almidonados trajes, nos servían sin cesar refrescos con trozos de hielo y sin embargo el calor nos asfixiaba; y allí lejos, en aquellas solitarias fundiciones, hombres como nosotros caían achicharrados de calor sobre la candente arena sin que nadie conservase sus nombres. Ninguno de los que viajaban en el Transcontinental tuvo un pensamiento para esos obreros y creo inútil decir que menos los tendrían los cerebros de los 30.000 buscadores de alta cultura de la Universidad de Columbia. Estos jóvenes, cultivaban las gracias de la vida con la conciencia tranquila y con las rentas de los 40.000 dólares invertidos en la American Smelters Securities C^o.

¿Hablaemos de Yale?

«Yale fué fundada sobre la Biblia, el rhum y los negros, es decir sobre el comercio de esclavos y actualmente se conserva sobre otra esclavitud; la del asalariado. Posee 32 millones de dólares.»

Havard, la segunda Universidad de los Estados Unidos, poseía 34 millones en 1917 y desde entonces ha amasado 15 millones más. Estos fondos están colocados en negocios del Banco Morgan-Lee-Higginson y C^a. Explora líneas de tranvías, minas y está montada en verdadero plan capitalista.

«Havard posee 25.000 acciones de un gran almacén de Boston. ¿Ha humanizado la Universidad el funcionamiento de este almacén? Bien seguro que no. Havard opera sobre minas y ha creado una cátedra para la enseñanza de los negocios y prepara directores de minas a base del máximo de producción y coste mínimo manteniendo el actual sistema de feudalismo industrial.»

A menudo, estos capitales están colocados en los negocios particulares que dirigen los consejeros. Ved lo que dice Upton Sinclair de la Universidad agrícola de Minnesota.

«Minnesota contiene una gran parte del mineral de hierro de los Estados Unidos y este mineral pertenece por entero al Trust del Acero. El Trust, de acuerdo con los proveedores en gran escala y con el Trust de la Madera, se reparten el Gobierno del Estado. La Universidad ha recibido del gobierno una dotación considerable de bosques pobla-

»dos de la más excelentes de las maderas
»blancas. El Trust de la Madera deseó explo-
»tar estos bosques y ya los tiene; el Trust del
»Acero quiso adquirir el mineral que en-
»cerraba el subsuelo de dichos bosques y ya
»lo explota en la actualidad. Los personajes
»oficiales que vendieron a los Trusts este pa-
»trimonio de la Universidad eran miembros
»de su consejo de administración».

Los directores de estas Universidades son plutócratas o servidores de los plutócratas.

La recluta de profesores se hace bajo la influencia de los millonarios que legan cantidades importantes de tierras o dinero acompañadas casi siempre de una recomendación a favor de tal o cual profesor de su devoción más profunda. Ni que decir tiene, que no existe en ninguna de estas Universidades alumno ni profesor que no comulgue con las doctrinas capitalistas de los fundadores. Quien así no pensara sería expulsado inmediatamente. Ni socialistas ni sindicalistas, ni nada que huelga a una concepción más humana de la sociedad. El capitalismo yankee sabe bien lo que se hace y si funda y dota generosa y liberalmente establecimientos de enseñanzas en todos sus grados, es para que la juventud que en ellos se educa sea un nuevo puntal que sostenga el edificio por ellos fabricado. Como a pesar de su vigilancia alguno de los profesores nombrados tuviesen ideas contrarias a la de los fundadores, los nombramientos se hacen por un año y son ratificados a voluntad del Consejo. De esta manera no se da escándalo ninguno y se separa de la enseñanza a los indeseables.

«Un funcionario que no está a sueldo de las grandes empresas es el profesor W. J. Spillman, jefe del despacho de la Economía Agrícola y editor de un diario de agricultura.

»El profesor Spillman cuenta que uno de sus amigos, muy rico, vino un día a decirle que la Rockefeller General Education Board deseaba vigilar los establecimientos de educación del país para enterarse de si los maestros y profesores se deslizaban por la senda conveniente. La Economía Agrícola había salido triunfante en la fundación de pequeños establecimientos de educación, pero se veía impotente para la fundación de una gran Universidad. La Rockefeller Education Board estaba dispuesta a emplear CIENTO MILLONES de dólares en la fundación de grandes establecimientos de enseñanzas. Solamente necesitaba un hombre que pudiera y quisiera encargarse de llevar a feliz realización el proyecto. Usted, me seguía diciendo mi amigo, creo que es el más indicado para ello. El que acepte tendrá un sueldo estupendo y lo que venga detrás. Al preguntar el señor Spillman qué objeto se proponía la casa Rockefeller con este desembolso, le dijo el

»amigo citado, que la única preocupación de la General Education Board era desterrar y sustituir a los profesores indeseables que existían en el estado. Esto que parece un cuento es una realidad evidente. Son cientos los catedráticos y maestros de educación primaria separados de sus destinos por sustentar, no en clase sino en su vida privada, teorías contrarias al régimen capitalista.

En los Estados Unidos, como en otros muchos países, les está prohibido a los maestros sustentar ideas políticas, hacer política, y allí, como en otros países, hacer política y tener ideas políticas es hacer política opuesta a la de la clase directora del Estado. Allí se consiente al maestro tener derechos de ciudadanía, escribir en la prensa, intervenir en los actos públicos, siempre que defienda el orden de cosas establecido, cuando se esfuerce en adormecer las conciencias que están a punto de despertar, cuando todo su afán sea hundir en el infierno capitalista a los desgraciados que aspiran a salir de él. El profesorado, sujeto cuidadosamente, vigilado meticulosamente, conserva su rango y su sueldo enseñando e inculcando ideas que muchas veces no comparte.

De esta manera el fastidio se apodera de profesores y alumnos y éstos desahogan el suyo en los campos de juego o en los clubs de placer (Glee club), no reservando al estudio sino un mínimum del tiempo que pasan en la Universidad. Es difícil reaccionar contra la red que ata por todas partes, pero a veces se ve cómo una Universidad sostenida en su rebelión por todo un pueblo, trata de sacudirse el yugo capitalista que la oprime. El hecho es raro aunque cierto, pero de corta duración. La reacción no tarda en hacerse sentir y los profesores, el director y alumnos que se han rebelado contra el consejo son destituidos y sustituidos inmediatamente por personas de confianza.

Ocurre entonces, que los maestros y alumnos expulsados fundan un colegio libre, sostenido por donativos y suscripciones de las clases obreras. En 1917 se fundaron de esta manera tres colegios en Nueva York, y en 1921 existían, siempre fundados por este sistema, 24 instituciones libres diseminadas en Washington, Pittsburg, Rochester, Cleveland, Detroit, Saint-Paul, Minneapolis, Duluth, Seattle, etc.

Termina Upton Sinclair su larga y apasionada exposición haciendo un llamamiento a los profesores del mundo entero para que unan sus esfuerzos y consigan formar una liga internacional que defienda a la enseñanza de la ingerencia extraña y desmoralizadora del elemento capitalista, y para conseguir seguridad y decencia en el sueldo.

MARTHE BIGOT



FAUSTINO GOICO-AGUIRRE

Este nombre que hoy te es quizá desconocido; bien pudiera llegar a serte familiar andando el tiempo, amigo lector. Porque ese nombre es el de un joven artista asturiano, cuyos son los dibujos que hoy reproducimos en esta página. Préstales un poco de atención, y después, cuando sepas que Goico-Aguirre está en los comienzos de su vida artística, advertirás que el futuro, un futuro no lejano, se le muestra colmado de magníficas posibilidades.

Son dibujos de escultor. Línea precisa, firme. Claroscuro enérgico. La forma, modelada así, resalta vigorosa y da la impresión de lo corpóreo. Dibujos de escultor. En ellos las tres dimensiones tienen para el ojo, la misma realidad (¿más, quizá?) que en la cabeza, modelada en barro, que también reproducimos.

Goico-Aguirre empezó su aprendizaje bajo el magisterio riguroso y prudente de otro artista asturiano cuyo nombre es ya familiar en la región y ha volado más de una vez por todo el ámbito de España: el escultor Víctor Hévia. Y no se oculta este magisterio en los dibujos de Goico-Aguirre. No imita a su maestro; pero se advierte en él ese vigor, ese *apretar* la forma, que poseen sólo aquellos que se han formado en el estudio, en el análisis del natural. Aquí fué Hévia tan buen maestro que comunicó a su discípulo no una manera (cosa horrenda, y sin embargo tan frecuente hasta en maestros famosos), sino el sentimiento mismo de la forma y el amor al natural. En este sentido Hévia, el maestro, y Goico-Aguirre, el discípulo, resultan condiscípulos de ese que po-

dríamos llamar maestro en última instancia: el natural.

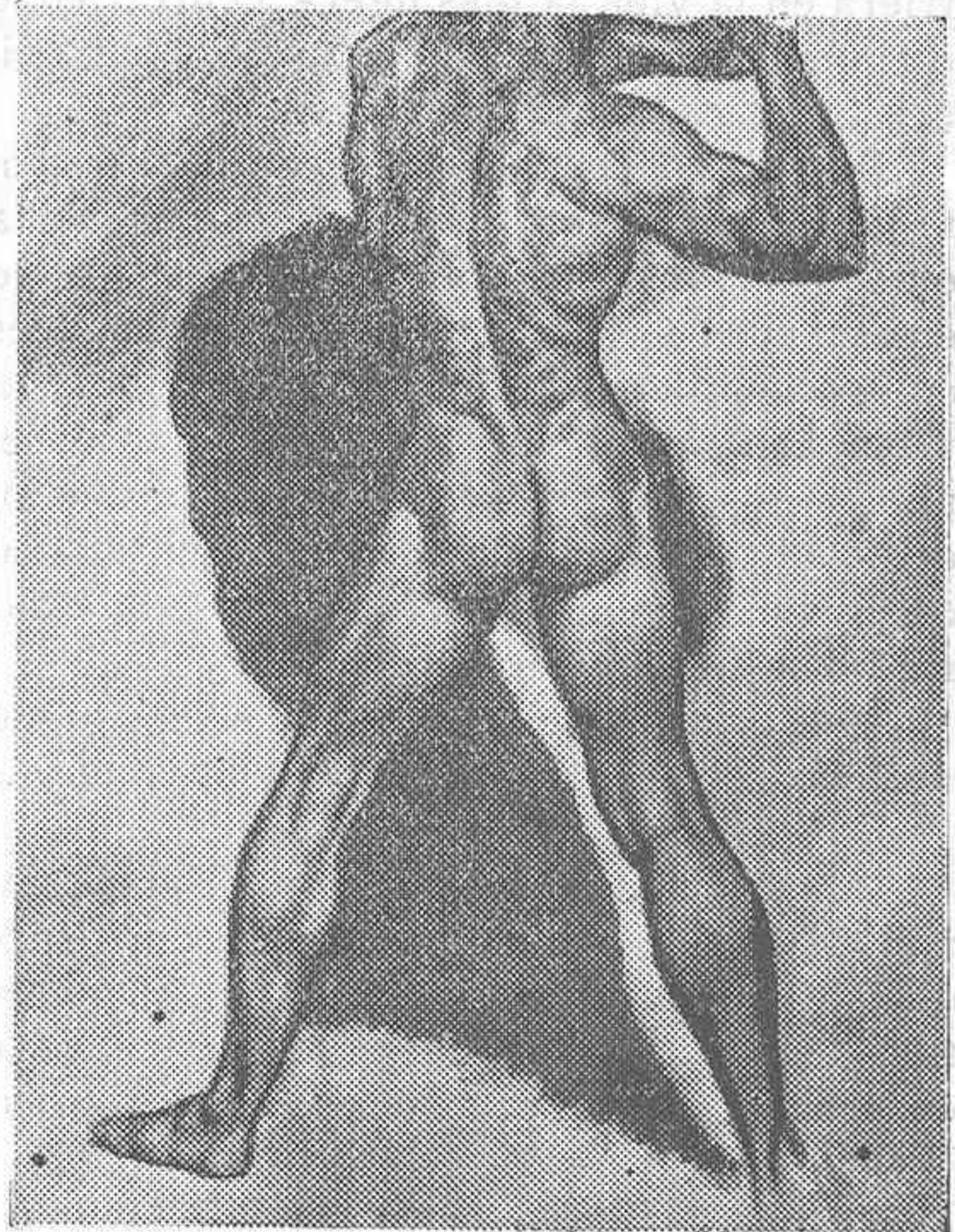
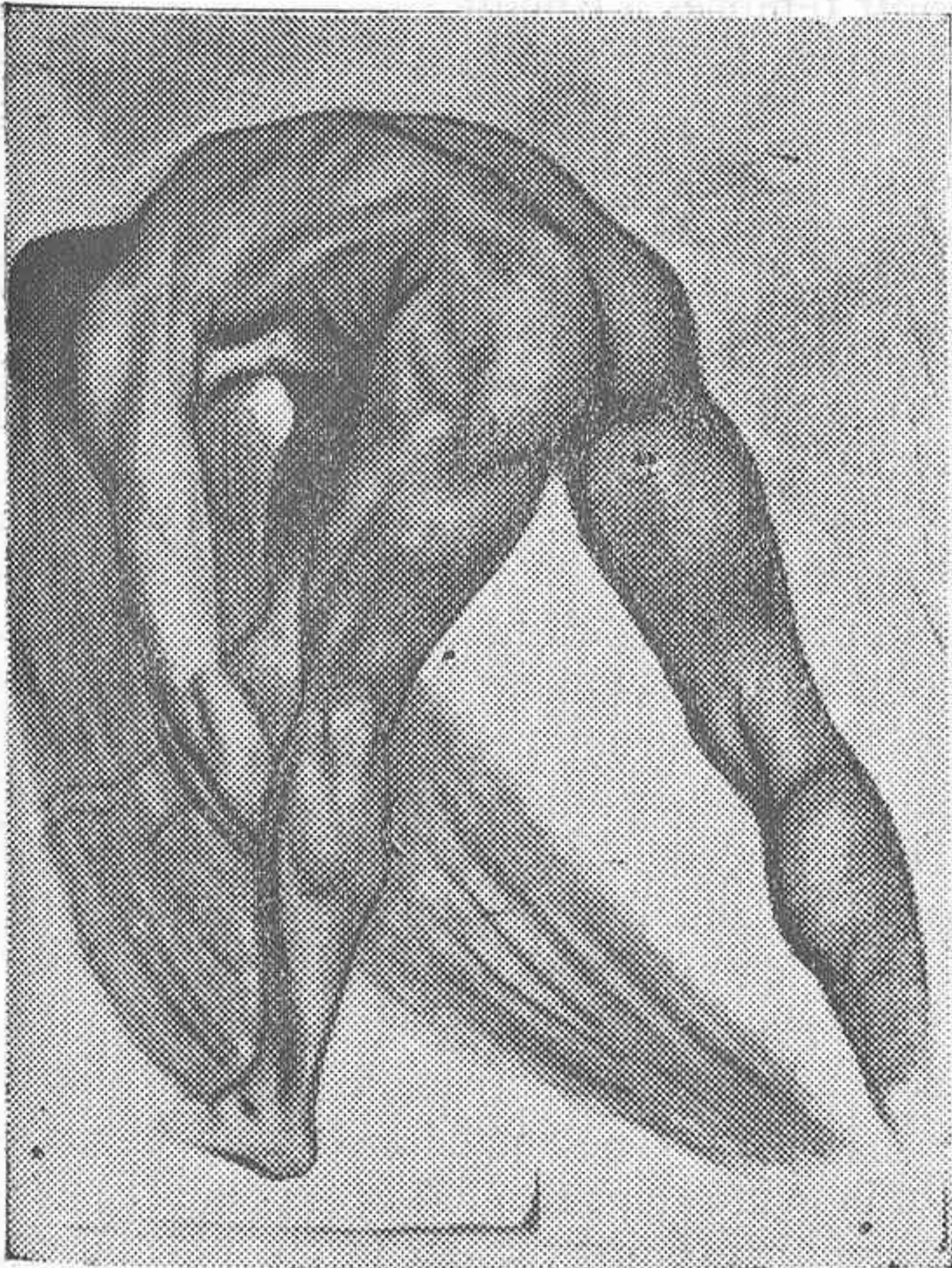
El arte del diseño pasa en la actualidad por una crisis, de la cual saldrá, es de esperar, recobrando todo el prestigio que tuvo en las grandes épocas del arte y que hoy tiene en los grandes artistas. Cada día aparecen artistas jóvenes que, sin conocer el a b c de su profesión, se lanzan a fantasear con el barro o con los colores. Muchos buscan la originalidad en el desdibujo. ¡Cuántas cosas monstruosas no se ven por las exposiciones! De todos estos ensayos algo quedará como adquisición útil, y sobre todo la noción de que no es posible obra duradera sin la posesión definitiva de ese arte del diseño, que viene a ser en las artes plásticas lo que la verdad en las funciones del conocimiento.

El artista sabio, el maestro, puede fantasear con la forma y con el color a su capricho. Y conviene que lo haga. Pero las fantasías del ignorante, ¿qué pueden ser sino frivolidades sin gracia, sin virtud de ningún género que las disculpe? Sin duda que puede revelarse algún genio en medio de ese estruendo de hojalata. Pero debemos recordar que lo que suele distinguir al genio no es la ceguera, sino la *previsión* y la *videncia* en donde para otros sólo hay tinieblas.

Por eso, lector, agradan ver los comienzos de este artista que hoy te presentamos. Primero, los cimientos. Después, la fantasía levantará sobre ellos estructuras maravillosas. Esto es lo que hace esperar Goico-Aguirre, cuyo nombre, si hoy te es desconocido, bien pudiera llegar a serte familiar andando el tiempo.



Retrato del Torero Colombiano MAX ESPINOSA



LA CONJURA DEL HADO

No digáis que fuera un pobre diablo, o al menos, que lo pareciera, cuando, días atrás, circuló el rumor de que había atentado contra su propia vida y contra la de su encantadora y tierna mujercita.

Por el contrario, hasta aquel momento, a todos les pareció muelle y feliz la vida de aquel hombre, que, al no desperdiciar oportunidad para sonreír, dulce, candorosamente, como pudiera hacerlo un niño al contemplar entre sus manos un juguete, parecía ajeno a toda preocupación grave y penosa.

¿No se mostraba siempre satisfecho en los paseos y las fiestas a que concurría, invariablemente acompañado de Enedina, su angelical esposa?... ¿No constituían ésta para él, y él para ella, la bendición de Dios en este mundo, que, en efecto, les prodigaba a manos llenas medios de felicidad ilimitada: salud, riqueza, distinción, honores?...

Ante esta perspectiva, ¿quién no había de suponer a José Luis colmado de felicidad?... ¿Quién hubiera llegado a sospechar que sufriera en la vida la más ligera contrariedad que amargara sus días, que turbara la placidez de su espíritu un instante?...

Después sí, después del pecaminoso intento, tan pronto como circuló el rumor por la ciudad, todos pretendían haber sospechado en su ánimo, a través de su sonrisa, fugaces contratiempos: ligeros transportes, cierta vaguedad penosa en la mirada, cierto repliegue tosco y lamentable en el entrecejo, como si, alejándose de la amena realidad en que vivía, olvidando las futilidades de la vida, meditase en algo serio y elevado.

¿Qué habrá de cierto en todo esto?... ¿Qué situación de ánimo movió aquel atentado?... Dios lo sabe.

Mas el rumor se confirmó. En efecto, aquella noche, tras presenciar él como Enedina se fué despojando de sus prendas y vestidos, hasta dejar entrever la carne de rosa de su seno, la estrechó de improviso entre los brazos.

Quería, sin duda, sentir las palpitations del pecho de su amada junto al suyo, saborear una vez más el misterio de vida que se

escondía en aquel seno, altar de ensueños deliciosos, en que reclinara su cabeza tantas veces: quería recibir su calor vivificante, así, cerca, bien cerca.

Ella, acostumbrada a recibir tales caricias, no hubo de extrañar al pronto aquélla. ¿No era su esposo? ¿No se habían casado por amor; movidos por esa especie de delirio de absorción, que se traduce en el deseo de poseer almas y cuerpos?... Y siendo así, ¿cómo extrañar que el amor moviera repentinamente los brazos de su esposo para estrecharla en ellos, si en más de una ocasión había movido los suyos propios con igual vehemencia?...

Sin embargo, aquel abrazo debió ser en nuestro hombre la primera manifestación de la anormalidad que al fin venció su espíritu. Se había prolongado más que ningún otro, con mayor intensidad, como si José Luis hubiera perdido en aquel momento la noción del tiempo, y aun la sensación del tacto. ¡Oh, sí!, fué un formidable abrazo, que llegó a infundir temores a Enedina.

«Basta.. basta», dijo ella dulcemente. José Luis besóla entonces en la frente y obedeció después. Pálido estaba; tembloroso el cuerpo, frías las manos, mientras en sus ojos, vidriosos y alarmantes, la sangre se agolpaba, y en sus labios, mustios y contraídos ahora, vacilaba la sonrisa glacial del infortunio.

«¿Te sientes mal?—le preguntó su tierna compañera—¿Qué tienes, dí; qué recelos te asaltan; no sabes que soy tuya?»...

«¡Harto lo sé;—dijo él—mas dejarás de serlo!... ¡Un cruel presentimiento!... ¡Qué hemos de hacer... nuestro destino es esel...»

Enedina, emocionada, sollozante, se abrazó a José Luis. Ella, en efecto, había experimentado en la imprevista caricia de su esposo la sensación de la desgracia misma...

Instantes después, tras un mundo de caricias mútuas, Enedina, junto a su esposo, dormía profundamente. Mas él velaba, preocupado, intranquilo; su mente se perdía en un laberinto complicado y caprichoso, de transición en transición.

Al fin siguió una senda fija, como un predestinado. Levantóse sigilosamente, atravesó la oscuridad del aposento estrecho y encerrado; fuése a la llavezuela del gas, abrióla y se acostó después, fuera de sí.

A poco comenzó a sentirse invadido por el aliento de la muerte. Viciló: no sabía el por qué de aquella situación infortunada que él mismo se había creado; se creyó perdido: «Es un fatal designio... ¡Que se cumpla!...» Así pensó. Mas no podría en tal momento resistir a los deseos de sentir entre sus brazos el contacto del cuerpo de su esposa, y a ello fué.

Jadeante, azorada, despertó la joven. Sintió él repentinamente el torcedor de la conciencia, atormentándole implacable; hizo un esfuerzo denodado; saltó de la cama al suelo, corrió, voló hacia la primera puerta del balcón; al llegar a ella se sintió desfallecer; no obstante, pudo abrirla de par en par, y aún le quedaron fuerzas para cerrar la llavezuela.

La luna había penetrado por el balcón abierto. Deslizándose por sobre la superficie de la cama en que yacía Enedina, vuelta hacia arriba, bajo la influencia del gas, le bañaba a ésta medio cuerpo, e iluminaba el rostro de José Luis, que había caído desmayado en el extremo opuesto, con expresión de tragica sonrisa en el semblante y un gesto de súplica en los brillantes ojos, fijos en el lecho.

Bien pronto hubo de darse cuenta Enedina del secreto fatal de lo ocurrido. ¡Terrible situación la suya!... ¿Qué hacer?... ¿Pedir socorro?... ¿Denunciar la demencia de su esposo?... ¿Huír de él?... He allí las dudas que asaltaron a la joven.

Se incorporó, al fin, en el lecho, lívida y temblorosa, empapados en lágrimas los ojos. José Luis arrodillóse entonces y le pidió perdón. Perdón, ¿de qué?, se preguntaba él mismo, sintiendo escozores en el alma. ¡Si no sabía explicarse el por qué de todo aquello! Obró como un subordinado... ¿De quién?... ¿De la fatalidad?...

Así hubo de comprenderlo la atribulada joven, y, aunque tomando algunas precauciones, que la pusieran a salvo en caso de una segunda acometida, se resolvió a pasar la noche encerrada en la alcoba con su esposo.

A la mañana siguiente hizo venir al médico, no obstante las protestas de salud que formulaba José Luis, que habiendo despertado como otras veces, percibiendo el aliento perfumado de su esposa, tomó la tremenda realidad de aquella noche por una pesadilla, cuyo recuerdo vagaba incompleto en su imaginación, como un fatal augurio, nada más.

Dispuso el médico un viaje de recreo con

toda urgencia y cierto tratamiento, por completo extraño a la farmacia. Aceptó el plan el enfermo de buen grado, tanto por la necesidad de viajar que experimentaba de continuo, por cuestión moral, según decía, como porque la *receta* en sí, ajena a toda droga, constituía para él la más elocuente prueba de que en realidad no estaba enfermo, aunque soñara con frecuencia.

Al día siguiente, muy temprano, partió para un pueblo vecino, en donde aguardaría a Enedina una semana, al cabo de la cual, unidos ambos, continuarían viaje hacia Europa.

Pero he aquí que no bien hubo llegado, fué presa de un profundo malestar. A fin de disiparlo asomóse al balcón del cuarto que ocupaba en el hotel. Al frente divisó la inmensidad del mar azul, y sobre el mar, cercana al horizonte, la luna, como un inmenso globo rojo. La miró fijamente, con nostalgia en el alma y en el gesto, hasta que, víctima de una ilusión óptica, creyó ver en el brillante astro una iracunda cara, diabólica, cuyos ojos exhalaran encendidas llamaradas, y cuya boca, inmensa, desmesuradamente abierta, dejara ver la lengua, doble y vigorosa, agitándose en el espacio, como un alfange gigantesco, amenazándole implacable.

Medroso, un tanto atolondrado, abandonó el balcón; fuése a la cama y arrebujóse entre las sábanas, encogiéndose, achicando el cuerpo entre ellas, cual si pretendiese pasar inadvertido a los ojos del misterio que se cernía en torno suyo. Sentía miedo, mucho miedo. ¿A qué temía?... A lo desconocido, a lo que no se ve ni se palpa en las tinieblas de la noche, pero que vive en ellas como germen de quebranto y de dolor eterno, hasta que en un momento dado, cuando pudiéramos creer que nada ni nadie nos acecha, invade nuestro espíritu, nos sacude, nos estremece, nos avasalla y vence.

Así permaneció algunas horas al cabo de las cuales, cuando ya rendido en cuerpo y alma por la inquietud aquella, estuvo a punto de reconciliarse con el sueño, sintió un agudo y cortante latigazo sobre la columna vertebral hasta el cerebro, y en éste al recibir el golpe, un violento estremecimiento, como si se le fuese a abrir en mil pedazos. Dispuesto estaba a dejarse morir entre las sábanas, sin protestar siquiera, porque todo le era preferible en el estado en que se hallaba a levantar la cabeza y encontrarse cara a cara con el fantasma que había forjado su imaginación, junto a su cama, con el látigo suspendido en lo alto, en actitud amenazante.

Mas ¡que nuevo horror le aguardaba al infeliz!... Experimentó la impresión de un anillo que le ajustase la parte superior de la cabeza, estrechándosele grado a grado, más

y más a cada instante. Entonces, movido a impulsos del mágico resorte del instinto, sin dejar las sábanas, saltó del lecho al medio de la estancia, iluminada a trechos por la luz de la luna, que penetraba por la puerta del balcón: miró rápidamente en torno suyo: ¡Nada, nada!... No obstante, el miedo continuó atormentándole, y el anillo se le iba hasta los sesos. Quiso escaparse, pero, ¡oh sorpresa!: creyó advertir en su delirio que la puerta que había de darle paso se encontraba obstruccionada por nichos superpuestos, tapiados unos, exornados con cruces y coronas; abiertos otros, profundos, negros, imponentes, como bostezos de la muerte.

Apenas podía tenerse en pie, tal era el temblor que sacudía su cuerpo cuando un nuevo latigazo le flageló otra vez la espalda. ¿Quién le había pegado, quién?... ¿Y qué pluma sería capaz de describir el estado psicológico que afligía a José Luis?... Ello fué que si en tal situación tuvo un momento de serenidad a lucidez, fué para destruir en si

mismo el efecto y la causa de tanto sobresalto; tomó entre las manos inseguras la esquina de la sábana que le envolvía; amarróse con ella, como pudo, el cuello; se dirigió al balcón, y atando la esquina opuesta a la baranda lanzóse al abismo.

Al sol naciente los tripulantes de las embarcaciones que se acercaban al vecino muelle, divisaron el cuerpo de José Luis, exánime, pendiente del balcón, con la cándida sonrisa entre los labios, como en días mejores; mientras los dueños y empleados del hotel, agolpándose en la puerta del cuarto que ocupó el suicida, esperaban impacientes la llegada del Juzgado; y las campanas de la Iglesia, graves y melancólicas, piadosamente, llamando a fe las almas, llenaban el espacio.

¿Y Enedina?... ¡Ah, Enedina, acaso con esperanzas de vida y salud para el esposo ausente, rezaba a aquella hora!...

A. FERNÁNDEZ MORERA.



PINOS AL SOL



Pinos claros al sol. La música del mar,
esa música amplia, que el agua desparrama,
sobre vosotros, pone un dulce murmurar,
se enciende en vuestras copas al igual que una llama.

Pinos verdes que el sol hace verdidorados
ungidos por la gracia de una clara canción;
bajo el azul del cielo, extáticos, callados,
sois, al igual que un inmenso corazón.

El mar dice sus ritmos para vosotros, pinos,
os descubre la gloria sin fin de otros caminos,
de otras rutas tendidas entre el azul del mar,

otras sendas, que nunca estarán adornadas
por la gracia de vuestras siluetas recortadas
ni os verán bajo el sol de otoño meditar.

JUAN LACOMBA

LETRAS EXTRANJERAS

EL SOCIALISMO EN EUROPA DURANTE LOS DIEZ ÚLTIMOS AÑOS

El socialismo es la política o teoría que pretende asegurarnos por la acción de una autorización democrática central, una mejor distribución, y por lo mismo, una mejor producción de las riquezas, que la que prevalece actualmente.

Esta definición de socialismo, que copiamos de *L'Encyclopedie Britanique*, es demasiado estrecha y demasiado vaga. Excluye de la comunidad socialista, a anarquistas como Elíseo Reclus y Kropotkine, que siempre fueron considerados socialistas, pero no centralistas. Deja al margen, igualmente, a los *bolchevistas*, cuya dictadura de minoría es la negación misma de la democracia. Por otra parte parece muy vaga cuando se la confronta con las declaraciones de principios de todos los partidos social-demócratas, que, según fórmula de Carlos Marx, preconizan la *conquista del poder político por los trabajadores y la socialización de los medios de producción y de cambio*.

No obstante, la definición de *L'Encyclopedie Britanique* presenta la ventaja de aplicarse igualmente a todos los partidos y organizaciones obreras que, antes de la guerra mundial, se encontraban agrupados en lo que se ha llamado, más tarde, la segunda internacional. Entonces, en efecto, los bolchevistas rusos se decían aún social-demócratas, y formaban parte de la internacional. En ésta se reunían con trade-unionistas ingleses, gentes muy moderadas, que no eran socialistas en el sentido marxista de la palabra; pero que admitían la nece-

sidad, para los trabajadores, de una acción política de clases y cuyas tendencias sociales correspondían, con bastante exactitud, a la definición dada anteriormente.

Tenemos ante la vista, al escribir estas líneas, el álbum del X Congreso de la Internacional, preparado por los socialistas de Austria. Sabido es que dicho Congreso estaba preparado para celebrarse en Viena en el mes de agosto de 1914. Algunos ejemplares salieron de las prensas del *Arbeiter Zeitung* cuando la guerra estalló. Fueron remitidos, diez años más tarde, a los miembros del Bureau Socialista Internacional (B. S. I.), cuando éste se reunió en la antigua capital de Habobourg en junio de 1924. Este álbum contiene, en una serie de medallones, los retratos de 70 miembros del B. S. I., que estaba domiciliado, antes de la guerra, en la Casa del Pueblo de Bruselas. Lenine no figura en los medallones, aunque formó parte durante varios años del B. S. I. Pero figuran Rosa Luxembourg, Racowsky—hoy embajador de los Soviets en Londres—, al lado de Daniel de León, delegado americano, de Jaurés, de Ebert, el futuro presidente del Reich, de Stauning, de Brating, de Mac-Donald, que han sido después primeros miembros de Dinamarca, de Grecia y de la Gran Bretaña. Allí se pueden ver también algunos delegados de las Trade-Unions.

En aquel momento, pues, desde el punto de vista internacional, la unidad obrera y socialista, era un hecho. La guerra lo cambió todo. Desde

1914 a 1918, los socialistas de Francia, de Inglaterra y de Bélgica, se situaron, en su inmensa mayoría, en el terreno de la defensa nacional. Los italianos, excepción hecha del grupo Mussolini, entonces socialista de la extrema izquierda, se declararon neutralistas. Los rusos, después de la caída del Zarismo, fueron social-patriotas con Kerusky, derrotistas con Lenine. En Austria, y sobre todo en Alemania, la Socialdemocracia votó, desde el primer momento, los créditos de guerra. Pero, muy pronto, los elementos radicales se separaron. Mientras que los mayoritarios trataban, inútilmente, en la conferencia de Stockolmo, de reanudar el contacto con los socialistas belgas y franceses, los socialistas independientes iban a Suiza, a Kienthal y a Zimmerwald, en donde se reunían con algunos grupos de extremistas de países de la *Entente*, partidarios, como ellos, de una paz inmediata sin indemnizaciones ni anexiones. Muy pronto, al choque de los acontecimientos, la unidad internacional de 1914, bastante superficial, se encontró virtualmente rota. Al día siguiente del armisticio, mientras la revolución invadía media Europa, y por todas partes se producían empujones socialistas, la dislocación de la internacional fué un hecho definitivo.

Los bolchevistas, que se creían dueños del mundo, declaraban que la II Internacional estaba muerta, y fundaron la tercera, que muy pronto fué denominada la *Internacional Comunista*. Por otra parte, bajo la presión de necesidades económicas imperiosas, las organizaciones obreras de los diversos países crearon, en Amsterdam, en 1919, la Internacional Sindical (*International Federation of Trade Unions*) que llegó a tener 23 millones de afiliados—hoy tiene 16 millones—, y durante algún tiempo, la «American Federation of Sabours», de Sanmuel Gampers; tuvo estrechas relaciones con la Confederación General del Trabajo francesa y con los «Treie Gewekschafton» alemanes. Mas, en el orden político la Internacional se encontró dividida en tres ramas: la III Internacional, en Moscou; la II, en la que los mayoritarios alemanes y el *Sabour Party* británico formaban los más gruesos batallones; y entre las dos, en Viena, la «International Wartring Union of Socialist Parties», que era llamada la II y $\frac{1}{2}$ Internacional, y que se proponía rehacer, más viva y eficaz, la Internacional de la anteguerra.

Una tentativa de acercamiento, hecha en abril de 1922 en Berlín, por una *conferencia* de tres Comités ejecutivos, fué un fracaso completo, y desde aquel momento, la Internacional comunista no cesó de acentuar la violencia de su oposición al predominio socialista. Por el contrario, entre Viena y Londres, las diferencias iban atenuándose. Ya en 1921 y 1922, los socialistas de Francia, In-

laterra, Alemania, Italia y Bélgica, que adheridos los unos a Viena y los otros a la II Internacional, reunidos primeramente en París y más tarde en Francfort y de común acuerdo, habían adaptado sus acuerdos famosos.

En el mes de mayo de 1923, en el Congreso socialista de Hamburgo, fué reconstituída la Internacional, con exclusión de los comunistas. En tal ocasión fué preciso definir las condiciones en las cuales los partidos o grupos podrían ser admitidos en la Internacional.

El acuerdo se hizo fácilmente por medio de un texto franco-alemán, extrayendo su terminología un poco gruesa del vocabulario marxista.

Pero al traducirse el texto al inglés, los delegados británicos se opusieron. Objetaron que las palabras *lucha de clases*, que son, en el continente, la piedra de toque del Socialismo, no eran de uso corriente en Inglaterra; que solamente los extremistas se servían de tal expresión diciendo *class war*, y no *class struggle*, y proponiendo se expresase la misma idea por medio de una perifrasis. Por ejemplo esta: «independent political action of the workers organization». Y así se hizo. El texto franco-alemán fué mantenido; era indispensable, bajo pena de castración. Pero fué admitida, para los ingleses, una traducción libre.

Hemos relatado este pequeño incidente, porque no deja de ser instructivo. Demuestra, en efecto, que apesar de la comunidad de fines y de la unidad de táctica, los laboristas ingleses y los socialistas continentales no hablaban el mismo lenguaje.

Se pueden leer, por ejemplo, libros de la anteguerra tales como los *Estudios Socialistas*, de Jaurés; *Socialism and Society*, de Ramsay MacDonald; *Das Esfurter Program*, de Kaustky. Se verá que el socialismo de Jaurés, impregnado del espíritu de la Revolución francesa, y el de MacDonald, que busca sus inspiraciones en el idealismo pacífico y fraternal del cristianismo, cuánto se diferencian del socialismo más «materialista» más «económico» de los marxistas alemanes. Después de la guerra, sin embargo, estas diferencias se han atenuado, incluso desde el punto de vista teórico. Una especie de amalgama doctrinal se ha producido entre los diversos partidos nacionales. El socialismo alemán se hizo menos doctrinal; el socialismo francés, bajo el influjo de los Guedistas, ha vuelto a las tiendas del marxismo; y el de la *Independent Sabour Party* ha hecho la conquista casi integral del mundo laborista inglés.

Y no solamente hay, entre los partidos de la democracia social, unidad internacional de organización, sino unidad de programa, en un medida *creciente*. Así pues, los 20 millones de hombres y mujeres que en 1924, en Francia, Italia, Alema-

nia; Inglaterra y países escandinavos votaron por los socialistas, están todos, con una conciencia más o menos clara, adheridos a una doctrina común que tiene su expresión más sobresaliente en el *Manifiesto Comunista* y demás obras de Carlos Marx.

Ya Federico Engels en 1878 atribuía a Marx, su *Fidus Achates*, el mérito principal de los dos grandes descubrimientos que, según él, habían hecho del Socialismo una ciencia: *el materialismo histórico*, o si se prefiere, la interpretación económica de la historia, y la plus-valía.

Estas ideas, que en su origen, las unas pasaban como descubrimientos, las otras como paradojas y sofismas, han devenido, con el tiempo, en lugares comunes de la propaganda y acción socialista.

Existían y existen una serie de fórmulas, de origen marxista, que constituyen el feudo común a todos los partidos afiliados a la Internacional: las luchas políticas se llevan, en último análisis, a la lucha de clases; estas luchas aumentan en amplitud y gravedad a medida que los capitales se concentran, y que, por consecuencia, la explotación de los trabajadores se desarrolla. Con este fin los partidos socialistas o laboristas persiguen un doble objeto: la conquista del poder político y la apropiación colectiva de los medios de producción y de cambio.

A esta formidable difusión del pensamiento de Marx entre las masas, los *social reformers*, que quieren transformar el capitalismo, para mejor reformarlo, oponen, es verdad, un pretendido fracaso del marxismo, que los Menger, los Boehm, los Bawerk y otros «socializantes» de la anteguerra, han refutado definitivamente.

Proclaman aquéllos que la ciencia económica ha condenado definitivamente la teoría de la plus-valía de Marx, que el edificio marxista se derrumba, y que el socialismo, si desea vivir, debe buscar otros fundamentos o teorías.

De esta literatura antimarxista de la postguerra, debe hacerse mención especial de libros tales como *The revival of marxisme*, de Nicholson, y *Les Fondements du Socialisme*, Aftalión. Se distinguen de los demás por su conocimiento real de las doctrinas que critican.

Es posible, que para lectores ingleses y americanos, el libro de Nicholson sea el mejor hecho para darse cuenta, a la vez, de lo que es, en su forma actual, el socialismo marxista y los argumentos que se le oponen. Es, sin embargo, un Aftalión, donde encontramos la crítica más cerrada e impresionante del marxismo y especialmente de la teoría de la plus valía que es, implícita o explícitamente, la base de todas las reivindicaciones socialistas.

Dice Mr. Aftalión: «por incontestable que sea

la fuerza revolucionaria de la teoría de la plus-valía, su insuficiencia doctrinal aparece hoy como notoria. Es incapaz de darse cuenta del hecho, de observación tan sencilla, que en las empresas particulares, las ganancias tienden a ser proporcionales al importe del capital empleado, nunca a la importancia del personal obrero, y por consiguiente, a la suma del sobretrabajo, que implicaría la teoría marxista. El esfuerzo de Marx, en el III volumen de su *Capital*, es desesperado para conciliar su doctrina con los hechos. Cuando declara que el conjunto de la renta de un país es proporcional al conjunto de la producción, no está lejos de significar que abandona los elementos esenciales.»

No es posible en este artículo, que tiene el carácter de una exposición, entablar sobre el asunto una discusión profunda. En realidad, Marx no ha esperado la publicación de su tercer volumen para especificar la diferencia entre el valor y el precio, la plus-valía y la ganancia. Rodbertes, por otra parte, entre otros, lo había hecho antes que él, en este pasaje, muy característico, que tomamos del mismo Mr. Aftalión: «En virtud de la concurrencia—dice él—las ganancias deben ser iguales..., el principio de que el valor del producto es igual al trabajo que cuesta, ha sido desmentido por el esfuerzo de la ley de la uniformidad de las ganancias. Basta, a mi juicio, que el producto social, tomado en conjunto, tiene un valor medido únicamente por el trabajo necesario a la producción, para alimentar todas nuestras rentas actuales: territoriales e industriales».

Es el mismo Marx que compara la sociedad actual a una gigantesca sociedad anónima, a un *trust*, cuya suma de ganancias es igual a la plus-valía producida por el conjunto de trabajadores. Esta plus-valía, transformada, se reparte entre los diversos coparticipantes, en forma de rentas, intereses y ganancias.

Así comprendida la plus-valía, que Rodbertes llama renta, y Menger renta sin trabajo, no nos parece difiera esencialmente de lo que en sus estudios M. Aftalión llama *demasia social*. He aquí, por lo demás, en qué términos formula la «teoría de la demasia social o de la explotación por exclusión»:

«Las teorías modernas—dice—prueban que la renta capitalista no es una explotación; que, en la renta total, una parte del valor creado es efectivamente debido a la tierra y al capital. Mas queda que esta parte del valor, a la cual corresponde la renta capitalista, no es debida precisamente a la acción individual de ninguna persona. Todo a lo que conduce la teoría de la distribución es a admitir que al lado del trabajo está lo que la naturaleza nos da gratuitamente y lo que ha sido acumulado por la larga labor de los siglos, formando parte del

valor creado. Hay aquí una demasía del valor; existe un tesoro cuyas riquezas vienen a unirse al formado por el trabajo actual de los hombres.»

M. Aftalión, por cierto, aporta al reconocimiento de este hecho muchas reservas y enmiendas, hechas después de la publicación de su libro, en una serie de tesis que han sido discutidas por la Sociedad francesa de filosofía en su sesión del 28 de enero de 1924.

Aunque se reconstituyan los fundamentos del socialismo sobre nuevas bases, no admite M. Aftalión que sea equitativo a causa de dos peligros que presenta su aplicación. Peligro de una menor producción y de una reducción del bienestar de los que no posean. Peligro principalmente de una detención del ahorro y de que se dilapide el capital antiguamente constituido. Para M. Aftalión, este capital siendo indispensable al bienestar de las generaciones futuras, su destrucción en provecho de una generación sería de una inquietud más grave que la que tiene su origen en la propiedad privada y por ello se debe condenar al socialismo en nombre de la justicia.

Se ve desde luego que estas consideraciones finales nos llevan a hechos absolutamente extraños, a los fundamentos teóricos del Socialismo. Ciertamente, independiente de toda consideración de justicia, el socialismo sería condenado el día en que se estableciese la apropiación colectiva de los medios de producción y la disminución de esta trajese consigo la dilapidación del capital antiguamente creado. Pero esto hace falta que se demuestre de otro modo que por razonamientos *a priori*. Y por otra parte toda la literatura socialista—marxista y no marxista—tiende a afirmar, por el contrario, que tanto desde el punto de vista de la capitalización como del reconocimiento social, el régimen socialista superará al régimen actual.

Además las reservas y distinguos de M. Aftalión pueden suministrarnos argumentos — y ello parece su objeto principal—en favor de que subsisten ciertas categorías de propietarios y contra la expropiación brusca, sin indemnización, por la violencia, de otras categorías.

La distinción que M. Aftalión pretende sentar entre su teoría de la expropiación por exclusión y la teoría marxista de la plus-valía, puede interesar solamente a sus colegas de la Sociedad francesa de filosofía. Es muy dudoso que sus argumentos hagan impresión en los trabajadores que en gran número, cada vez más creciente, sufren el dominio del capitalismo. Se puede justificar, históricamente, la propiedad individual, todo el tiempo que permanezca asociada al trabajo. No se justificará—y M. Aftalión lo reconoce—el tributo que imponen al trabajo actual, al trabajo viviente, los que monopolizan el suelo, el subsuelo, dones gratuitos de la

naturaleza, así como el producto del trabajo pasado, del trabajo muerto, obra de las generaciones anteriores. En el fondo de todas las doctrinas socialistas existe una idea de simple justicia, que ya expresó San Pablo, y que los Soviets han inscrito en la cabeza de su constitución. Para que no sea así, en las sociedades en que los capitalistas se encuentran, como las nuestras, es indispensable socializar las ramas fundamentales de la actividad y sustituir la soberanía de los capitalistas por la de los trabajadores, imponiendo la soberanía del trabajo sobre el capital.

Cuáles han sido, desde hace diez años, los resultados obtenidos por las organizaciones obreras y los partidos del trabajo, en esta doble dirección, es lo que nos queda por exponer.

Desde el punto de vista de la socialización, que se ha intentado en Baviera, Hungría y otros países, donde ha habido insurrecciones proletarias, no ha llegado más que a sangrientas reacciones.

¿A qué advendría este dominio colectivo, cuya adquisición revolucionaria, en suma, ha sido más onerosa que si hubiese indemnizado a los capitalistas? ¿Cuáles serán las transformaciones sociales que se operaron sobre esta base? Cuestiones son estas a las que consideramos prematuro contestar. La experiencia sigue su curso. Importa seguirla objetivamente, sin ideas preconcebidas, colocándose a gran distancia del optimismo sistemático de los trade-unionistas ingleses que acaban de pasar algunos días en Rusia y del partido tomado ciegamente por los que buscan argumentos contra el socialismo en los descontentos del *Capitalismo de Estado* instaurado por Lenine en condiciones particularmente desfavorables, en plena guerra y en plena hecatombe, y en medio del más grande desarrollo económico.

Si pasamos, ahora, a los países que no han sido sacudidos por convulsiones revolucionarias, es un hecho que después de la guerra, ha habido en ellos más retroceso que progreso del estatismo, es decir, de la explotación directa por el Estado, Estado-gobierno, de determinadas industrias y servicios. Mussolini ha *désétatisé* los ferrocarriles italianos; la mayoría del Bloc nacional francés, antes de las elecciones de mayo de 1924, había decidido la supresión del monopolio de cerillas. Por todas partes se oyen quejas contra la organización defectuosa de las «administraciones burocráticas». Se puede, en una larga medida, aplicar a la mayor parte de ellas, lo que Delemere en su libro *Bilan de L' Estatisme* dijo de la administración de Postes, Telégrafos y Teléfonos francesa: «Los servicios de Correos, Telégrafos y Teléfonos han salido de la guerra en el más profundo desorden técnico y financiero. Su frágil constitución no ha podido resistir la prueba. La crisis, que es general,

afecta a la vez a Correos y Telégrafos, y llegan al *sumun* en Teléfonos».

Pero si el estatismo retrocede, la socialización avanza, bajo nuevas formas. Se sustituyen las administraciones burocráticas, por administraciones autónomas. Se han creado, en Alemania, en las principales ramas de la gran industria, carteles obligatorios, bajo el control del Estado, con una representación de los obreros, en los Consejos de fábrica y en los «parlamentos» del carbón, del acero, de la potasa, en los que están representados, a la vez, los patronos, los asalariados y los consumidores. Se multiplican, principalmente, los *parlamentos mixtos de economía*, en los cuales participan a la vez, en proporciones diversas, el capital de los poderes públicos y el capital privado. Bajo esta forma se opera, en este momento, la centralización de todas las fuerzas hidráulicas en Baviera. Y en Bélgica mismo, se ve surgir, en estos últimos años, toda una floración de empresas mixtas—llamadas sociedades nacionales—en las que el Estado se reserva el control y la mayoría de las acciones, pero con participación igual de los particulares y de la municipalidad. Así se hace penosa la explotación de los ferrocarriles de vía estrecha, empresas de aguas intercomunales, construcción de casas baratas, distribución de energía eléctrica; la administración industrializada de la navegación del Congo y de una manera general, la explotación de todo el dominio minero de la colonia belga explotada por sociedades en las cuales el Estado posee siempre la mitad de las acciones.

Antes de la guerra, tres grandes autocracias daban sombra a Europa. En los países democráticos la burguesía estaba en el poder.

El socialismo no era más que un partido de

oposición, con frecuencia el más débil de los partidos de oposición.

En Francia sus cien diputados forman la fracción más activa de la mayoría radical-socialista. En Inglaterra, en las elecciones de octubre último obtuvieron el 34 por ciento de los sufragios. En Alemania, donde han perdido terreno últimamente, tienen 131 diputados. Así, pues, que en la Europa occidental, el grupo de la democracia socialista, tiene a su lado a más de un tercio del pueblo, y su acceso al poder, que se presentaba en 1914, como una hipótesis si no quimérica, por lo menos lejana, aparece hoy como una de las posibilidades y aún probalidades de porvenir más próximo.

En resumen, desde hace diez años, la democracia socialista, en Europa, ha sabido rehacer su unidad internacional. Ella ha encontrado, en los hechos de la postguerra, la confirmación de sus doctrinas. Ha obligado a los partidos burgueses, ya a unirse con ella, sometiéndose a sus reformas, ya a coaligarse contra ella, para cerrarle el camino. Ha conseguido grandes éxitos y ha sufrido grandes reveses. Así, pues, podemos decir, recordando una frase de Goethe: la revolución de los trabajadores hacia el poder es una espiral, pero una espiral ascendente.

Hecha constar la importancia y la significación de estos resultados, hemos de decir, no obstante, a los que ven en el socialismo el porvenir, que no pequen de optimistas. Desde luego, no es un hecho despreciable, que en el centro mismo del capitalismo, en los Estados Unidos, el socialismo no ha echado aún grandes raíces y los trabajadores no han llegado a organizarse en un partido político independiente como en Inglaterra.

EMILE VANDERVELDE.

Trad. de M. Aguiillaume.



EL POEMA DEL PIANO

Al poeta puertorriqueño
D. José A. Balseiro, en re-
cuerdo de una velada ama-
ble.

I

Por el marfil se deslizó la mano,
la fina mano del poeta ardiente,
y el marfil melodioso del piano
dejó fluir su cristalina fuente.

Regó un encanto exótico lontano
en regueros de luz por el ambiente,
y el canto del sinsonte americano
acariciémos amorosamente.

El fino arpeggio de cristal y plata
poco a poco tornóse catarata,
con un estruendo musical potente,
y luego remansóse en un remanso
que sollozó con un sollozo manso
bajo la mano del poeta ardiente.

II

La fina mano experta del poeta
por los marfiles albos se desliza
y a Debussy y a Brams nos interpreta
y el divino ensoñar musicaliza.

A veces tiene olor de violeta
el hechizo de miel que nos hechiza,
y a veces la gitana pandereta
entre las claras notas gitaniza.

Y miel y sal y sol, flor y canela,
plátano y piña, del teclado vuela
el chorro azul que en el azul se irisa.

Y el rumor de canciones y danzones,
emborracha encendidos corazones
que mañana serán polvo y ceniza.

III

Pero hoy somos: vivimos y soñamos,
hijos del sol y la neblina bruna,
y en el pensil romántico aspiramos
rosa de aurora, asfódelo de luna.

Y de un país de bruma y de misterio,
de unas extrañas islas remotas,
traídas por la mano de Balseiro
llegan aquí las musicales notas.

Vienen acaso de las islas de oro,
de algún verjel lunático y sonoro
que diviniza eterna primavera;

por eso son tan dulces y tan hondas
las musicales cristalinas ondas
que vienen a encantar nuestra ribera.

IV

Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura...

Fray Luis.

Por el lírico piélago sonoro
va el corazón, como ligero esquiife,
hacia el país de las quimeras de oro,
hacia su Alhambra y su Generalife.

Buscando las mansiones encantadas,
los mágicos alcázares que el moro
jamás soñó, guiado por las hadas
del sueño, sigue piélagos que ignoro.

¿A dónde puse el rumbo de mi prora?
Mi alma lo ignora: Pero va a la aurora
mientras la onda musical murmura;
sus velas albas de ilusión despliega,
y navega mi alma, y aún se anega
en un mar infinito de dulzura.

V

Ya no sé si son músicas o aromas
lo que la mano en el azul deslíe,
ni si este manso vuelo de palomas
suspira o canta, o si solloza o ríe.

Ya no sé qué jardines voy cruzando
ni por cuales veredas misteriosas
el alma de la música, cantando,
me robó el alma y la escondió entre rosas.

Sólo sé que mis ojos se perdieron
en el azul; y en lontananza vieron
de aquel perdido paraíso ignoto
surgir los áureos muros, que el piano
enmudeció sin vuestra fina mano...
y quedó el hilo de mis sueños roto.

VI

¡Oh, tornad del unánime teclado
a arrancar las escalas peregrinas,
el son de ensueño, del poeta amado,
las misteriosas gamas cristalinas!

El musical marfil, que nos encante
como del rui señor el dulce pico
y que suspire el céfiro fragante
de los aires del Sur y Puerto Rico.

Que las notas suavísimas y ledas
nos ciñan con sus túnicas de sedas,
con sus ricas y mágicas estofas...

¡Que a las caricias de la fina mano
cantan también las cuerdas del piano
como saben cantar vuestras estrofas!

CASIMIRO CIENFUEGOS.

CERVANTES

Invocar al autor del Quijote equivale tanto como imaginar o sugerirse la idea de ver enlazadas sin rivalidad, la más sorprendente magia de facultades intelectuales, con un fluyente sortilegio de excelencias creativas. Por eso su nombre al proferirse insistentemente en el ara de las Letras, no desagrada nada el ánimo, sino que, con particularidad harto significativa, constituye para el alma un vivo destello de interés y para los oídos imponderable regalo de matices eufónicos.

Dos acontecimientos bibliográficos, el ensayo sobre Don Quijote de Ramiro de Maeztu y el libro «El pensamiento de Cervantes» de Américo Castro, obra ésta concienzuda y documentada al modo como lo exige la Junta para Ampliación de Estudios, unidos por gracia del acaso con el ya definitivo propósito de erigir el monumento nacional cuyo anteproyecto, original de los señores Zapatero y Coullant Valera—arquitecto y escultor—elegido en el concurso celebrado en 1915, han determinado sobre las horas actuales, la reviviscencia del ingenio cervantino.

¿Es oportuno y responde a una necesidad de época este homenaje a Cervantes, tan sencillo en su forma como ingente en sus fueros intelectuales, que le brindan Maeztu y Américo Castro?

Ante la precedente interrogación, creyérase que la personalidad de Cervantes ha sido ya espolvoreada y batida suficientemente en uno y otro tiempo, lo que por vía rigurosa no deja de ser así. Del Siglo de Oro, ningún ingenio puede ufanarse con relación a Cervantes, de haber llenado tantas páginas de valor exegético y floración ditirámica y de perdurar tan lozanamente en la memoria de todos los españoles. Pero descontando raras excepciones, la obra y la personalidad cervantina, han sido tema exclusivo de eruditos, sobajo de interpretaciones académicas.

Era preciso, por tanto, el aporte cálido y libre de esta edad, la sentencia de estas últimas y maduras mentalidades que realzan el libro y la plana del periódico, poco academizables, es decir, expuestas sin otro auxilio que el propio decoro, a todos los vientos y rompientes. Y necesitábase además, como remate o broche dorado que incrustar a esta cuestión debatida entre graves sillones y sendas cortinas, que el espíritu del famoso hombre que parió a Don Quijote, irrumpiese el amplio y claro cenit donde convergen los sentimientos públicos: la plaza, la calle y los campos. Que se adentrase por los intersticios del alma multitudinaria como hizo en otrora, complacientemente, albedriamente, y donde por buscardo azar, hinchó de sabias y vivificantes lecciones los lóbulos de su cerebro, ofreciéndolas luego estilizadas en los aquietados fondos y dulces meandros de sus obras.

Hoy el nombre de Cervantes adquiere más pura resonancia en el aire de la calle, que en las atmósferas demiúrgicas y emolientes de las

Academias. Y no es, no, debido a la inmanente fragancia que sobre las almas lectoras deslíe el Quijote—aunque hay que reconocer que sigue siendo el libro cumbre y por raro prodigio asequible a todas las inteligencias—sino por el hechizo genérico de su producción y por la compenetración de ideales y puras emociones españolas que saltan vibrantes entre la franja del espíritu cervantino del ayer y las realidades nacionales del día.

Cervantes es, por encima de toda otra interpretación ideológica y significado literario, amplia parábola de idioma, de emotividad y riqueza de sangre que confluye en su punto de arranque después de bañar el centro de gravedad que establecen la separación y el vacío de los siglos.

En el Siglo de Oro no hay nada tan español. Sutiles ingenios abundan. Pero andadores impenitentes y disertadores populares como Cervantes, ninguno. Quien anda mucho, ve mucho y sabe mucho», nos advierte en su obra inmortal. Todo el valor creacionista y el fervoroso amor que por él se siente se basa en ese empírico apotegma y en haber sabido españolizar, popularizar, las esencias de su genio.

¿Qué son las páginas de Cervantes sino trozos de realidad viva, emergencias y palpitaciones de la vida española de entonces? ¿Quién no recuerda con delirio las escenas de plaza y tagarotes, el comedimiento y porte de la gente principal y la actitud fidelísima, creyente y apicarada de los personajes llanos; el maravilloso panorama que abre la cena con los cabreros en pleno campo, aquellos atardeceres preñados de égloga que se repiten en la cinematografía de las andanzas y empresas quijotiles?

Sus dos personajes, el enfermo de amores y panaceas sentimentales y el suspirador de ínsulas que llenasen la alforja, son dos efigies realísticas cuyas reminiscencias de carácter no se han extinguido del todo aún. Don Quijote, es el retrato del hidalgo español, con todas las facetas de la dignidad antigua y con todos los arreboles de la sangre. Derrochador de estima y arreador de estacazos si algún su criado osa ponerle los puntos sobre las íes. Y Sancho, el sencillote e inmarcesible Sancho, tímida figura de refranes cuyos dicharachos y campechanía es encanto de los chicos de escuela, fiel escudero, alma sumisa por naturaleza a ratos, y por deberes y necesidades familiares a veces, vaga reencarnado por los cortijos andaluces, por los predios de las sierras y heredades del solar castellano, amén de las variantes del mismo tipo que ofrecen otras zonas españolas.

Por estos monolitos del carácter y levadura del alma hispana que con tan inmenso sabor y arte modeló aquel genio y expuso a la consideración y holgamiento de los siglos, es acreedor al más incentivo y gallardo homenaje que pueda salir de las plumas de los escritores españoles.

LIBROS

«Víspera del gozo», por Pedro Salinas.—Biblioteca «Revista de Occidente. Madrid ♦ ♦ ♦

Todos los retazos literarios que aroman este pequeño libro nombrado «Víspera del gozo», son en su traza y desenvolvimiento intrínseco, un claro y terminante índice de la inventiva y de los afanes de placer artístico, invocados por los elementos considerados de vanguardia. El autor, viene destacándose en la propugnación del Arte nuevo por unos trabajos específicamente bellos y originales, los cuales difieren radicalmente de casi todas esas raras concepciones lanzadas con harta desenfado por los secuaces del ultraismo.

La literatura de Pedro Salinas se halla interpolada entre la forma de transcripción clásica y las inflexiones ultramodernas. Avanza hacia los planos superiores, congruentemente esbozada, fluida y madurecida. Por los relejes y términos de estas invenciones—mejor quizá que por las de ningún otro—se puede inferir ya la modelatura perfecta y el prontuario sugestivo que acarrearán las escuelas nacidas en la post-guerra.

¿Es esto lo pretendido, lo que con tanto ahínco y caricia se pretende desdoblarse, lo que con tanto fervor y apresuramiento se inquiere en los senos fecundos y novedosos del cosmopolitismo? Pues bien, ésto, sin menoscabo de enfocarlo en su vértice y florecencias, es sumamente aceptable. Lo recibe el espíritu con suficiente agrado.

Arte nuevo quiere decir, esprimiendo los testimonios de Salinas, estilización de los géneros, clarificación de las esencias y estenificación del acento decimonono. Orfebrería en vez de ideología. El vaso sin la sustancia. Esquinas, planos, valor de la línea, tormento por la forma.

Claro está que el arte sellado por el autor del libro a que hacemos referencia, no resume capitalmente, las puntuaciones diversas de las postreras tendencias, los gustos de estas gentes que accionan y se promueven contra los usos gregarios, contra la estética sometida a canon, y, creyéndose que por obligación y lealtad con su tiempo, se ven impelidas a reemplazar el rictus severo, a disentir de toda obra, con achaque provectorio y vaho multitudinario. Pero es, como ya se ha declarado, un resplandor tinto de sugestiva aurora. Algo que pica en radiante sazón.

El modernismo estético no es como muchos se figuran un fenómeno sin raíz, incoexo, y sin fundamento de arriba. Es, por el contrario, todo un movimiento sancionado y

vivificado por la época. Es hijo de esta edad maculada de flirteos evanescentes, añorante de deportes, y espurgadora de todo sentimiento generoso y ademán eterno. Al fijar la mirada sobre el haz de sus extravagantes deseos y espúreos enlaces, se ve que, contra todo supuesto, revela el corolario agudo de ese desenfrenado exotismo que ha hecho presa en las ciudades de todos los países.

El maquinismo, la radiación del cinema, la olimpiada, y el cosmopolitismo en su amplia matriz banal, se ofrecen como temas iluminados, como proyecciones de arte sorprendente a utilizar por el alma joven. Y por peregrina asociación de imágenes se ve también que el más típico remedo o símbolo ideal del vanguardismo, se yergue en la mujer de halo dinámico, cortada por el patrón de ulterior moda. Ese funambulesco sér, horro de líneas parabólicas que camina hacia la tabla rasa, intuitiva en los deportes y menesteres oficinescos, dibuja con sus brazuelos y buído torso, las preventivas gracias aladas de la poesía y nueva literatura. Como tal tipo de mujer, juzgado el vanguardismo en sus repercusiones sociales, visto desde el punto empírico y lado austero de la vida, representa una gran mentira y un parasitismo intolerable, un derrumbe absoluto de virtudes.

El Arte nuevo tiene por deseo cúspide el entretenimiento. Su distensión floral y función genitora no puede darse más allá que lo que suelen embargar las jornadas del estadio. Otra característica de este tiempo que en su rodar no cesa de aligerar y achicarlo todo.

Los fragmentos de Pedro Salinas conciertan brillantemente con el ambiente. Y por ellos advertimos que la belleza en sí, es decir, cuando sólo contrae en su vaciado un mero placer visual, cuando pasa y se muestra sin rendir el tributo de gracias a la sangre, el cálido sacrificio a la vida, se relaja en su valor de atracción permanente. Si no fueran tan a tiempo cortados estos juegos y delectaciones de «Víspera del gozo», la monotonía sobrevendría contundente, oscureciendo los reflejos del matiz y difuminando la viveza y el encanto traslaticio de sus períodos. Pasa exactamente igual que con las placas de fotograbado: que ganan con la reducción y desmerecen con la amplitud.

La originalidad del libro de Salinas estriba en sustraer al lector del momento hondo y palpitante que da pie a la divagación. El quid apunta en los preparativos del coloquio. En conducirnos hasta los umbrales seducidos por un devaneo de albeantes imágenes y de agudas metáforas, base primorosa de su arte y plinto gozoso de la prosa.

«Los caciques caen», por
Emilio Cornejo Caminero.
Librería Fernando Pueyo.
Madrid ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

De un imaginario lugarejo enclavado en tierras manchegas, provienen esta vez las inflamadas voces en demanda de reforma y los golpes del ariete incinerador que contra la barbarie caciquil enraizada en los pueblos españoles, enderezara hace tiempo en honor de la Justicia y para sanidad de la nación, el esclarecido patricio aragonés don Joaquín Costa.

Emilio Cornejo Caminero es el gladiador de tanda, quien con singular denuedo se enfrenta con el monstruo y tunde sus opresores tentáculos y corrosivas ventosas.

Los escandalosos hechos fraguados por el engranaje del caciquismo rural, tensan las fibras sensibles de estas excepcionales almas y las empujan camino de la lucha sin género de vacilación. Así las vemos desplazando ardorosa energía en el combate, clavando con toda la fuerza en el corazón de la hidra el arpón platónico de su protesta, denunciando las vilezas, dejando al aire las caries inmundas de los fueros caciquiles.

El primer acierto del novelista, aparece a los ojos del lector, cuando contra el prepotente personaje de don Dimas Brunel que asume la investidura de cacique y las gentes que a su lado ofician de lacayos y vulneran la ley, como les viene, se levanta la figura de generosa especie y alto rango de Jorge Robledo, abierta sin intermitencias al bien y a la ciencia por espontánea y vehemente sacudida de su tierno corazón y cálida juventud.

Tenemos, pues, sobre la balanza y en lucha, de una parte, la savia ancestral, la rudeza y la barbarie de los siglos haciendo de almazara y garrote en la vida de los pueblos. Y, de otra, el porvenir henchido de derechos insoslayables, la ciencia que en su ejercicio severo, niega el rodaje de la miseria, la perennidad del dolor y los odios entre los hombres.

Un sentido y desarrollo normal de la novela, inclinará el platillo de la balanza sobre cuya superficie se hayan depositados los elementos que integran el bien, como por regla general acaece en las obras de tesis y acción constructiva, aunque también es verdad que por solo esta hipotética luz, no es fácil contentar el ánimo de entrever los diversos detalles de su tejido episódico y alto coronamiento.

Puede darse la coyuntura de relajarse por ayuntamiento protervo de circunstancias, la voluntad de la columna heroica, o bien derrumbarse de súbito cuando ya toca el cenit del triunfo por un violento recurso utilizado por el elemento contrario, casos ambos, de admitida naturaleza y de realidad desoladora este último en la novela.

El cacique, al verse acorralado y presentir una próxima humillación, sostiene un debate interno, un debate de ira, durante el cual, su mollera de godo, no atisba otra razón de vencimiento que tronchar lo vida austera de Jorge considerado el tal como máximo obstáculo a sus fueros. Pero esta inmolación ejecutada por segunda persona en la soledad de los campos, le arrastra por fin a él a los estrados de la Justicia, al mismo tiempo que otra encarnación de las fuerzas inmanentes corta la vida de su hijo César, tipo de condición turbia, parasitario, roedor de castidades y suspiros de doncellas que, como sombra maligna, vaga por los espacios de la obra.

El tema en su fundamental base no encierra novedad. El caciquismo como problema, se ha estudiado ya con hartura y brillantez. Mas no por eso resulta monocorde el estribillo. Mientras no se extinga por completo esta especie de bárbaros antiguos, e insensatos, de la cual ha sido y sigue siendo un gran semillero la nación, tendrá que reproducirse el clamor y la invectiva contra ella. Y quien crea que ya está muerto el caciquismo, se equivoca o vive, por suerte, en un medio casi irreal.

Como bosquejos accidentales precísanse en la novela otros espectáculos dentro de cuyos términos se hallan sus más seductores relieves. Nos referimos a los capítulos «Claridad de domingo», «La inundación», «Frente al espejo», «El entierro» y otros.

El autor, más poeta que gladiador experimentado en las contiendas políticas, ha dejado una honda huella en estos pasajes, y, sobre todo, en los que nos pinta la tragedia íntima y desgarradora de Teresita Antero.

Solemne ocasión la que ofrecen a su espíritu poético y prosador, la triste caravana que acompaña al ataúd, de la engañada doncella hasta la necrópolis, y aquel atardecer otoñal que refracta sus últimas luces sobre las crestas lejanas y haces inmediatos del paisaje, para mojar la pluma en húmeda melancolía y dejar en la albura de las páginas un rastro patético, helador, agudo como la flecha de un lamento imprecante.

* * *

El estilo responde al tema. Se desata en trombas de pasión, en períodos muy norma siglo pasado. Emilio Cornejo Caminero que escribe con fascinadora abundancia, con demasiado relieve, debe corregirse, a nuestro juicio, un tanto en este sentido. Cuando haga perder a la prosa parte del empaque y de la entonación amplia que ahora tiene, cuando por un gusto más siglo XX la elabore con ritmo mas ceñido, habrá dado un paso largo y decisivo en el arte de la novela.

EUGENIO DOMINGO.

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»
♦ ♦ Linares Rivas, 24 GIJÓN ♦ ♦

Sastrería * Camisería

Ropas hechas-Calzados

El mayor surtido y precios más económicos

"Bazar Español"

Uría, núm. 38 OVIEDO Teléfono 1116

CALZADOS - SOMBREROS

Siempre se encuentra el mejor surtido y
las últimas novedades en

"LA AMERICANA"

Fruela, 14
OVIEDO
=GIJÓN=

Sucursales.

«La Americana», Gijón
«Bazar Fruela», Oviedo
«Bazar Español», Oviedo

Un buen vino, RIOJA ROMERAL

FÁBRICA DE LADRILLOS REFRACTARIOS DE LA FELGUERA (ASTURIAS)

FABRICACIÓN DE LADRILLOS DE TODAS CLASES, FORMAS Y TAMAÑOS

ALUMINOSOS para hornos altos, hornos de cok y cubilotes.

SILICIOS para hornos de afino y refino de las fábricas de hierro y acero

Silicios especiales (DINAS) para hornos de acero.

MIXTOS para calderas, caños de humos, etcétera.

TUBERIAS DE GRES



Coñac Campo Rey



Rafael Loreño

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Covadonga, 16 GIJON Teléfono 1192

Luis Miguel Bueres

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Testamentarias :: expedientes posesorios y de dominio :: negocios mercantiles y, en general, representación en toda clase de asuntos civiles, gubernativos, administrativos y contencioso-administrativos

Campomanes, 18 OVIEDO Teléfono 9-11

Jaime B. Viliesid

DENTISTA

URIA, 32—Teléfono 10-49

OVIEDO

Eloy Pérez Gómez

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LOS OJOS

San Francisco, 24

OVIEDO